ISSN: EN TRÁMITE

grafógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



VOL. 3, NÚM. 4 • OCTUBRE-DICIEMBRE 2021

grafógrafxs

La revista de literatura de la Universidad Autónoma del Estado de México invita a todos los estudiantes y público en general a sus talleres permanentes de literatura en los rubros de poesía y narrativa, con el objeto de formar nuevos escritores, dar herramientas de escritura y crítica, analizar y ampliar el panorama de la literatura contemporánea, técnicas narrativas, lecturas de obras paradigmáticas, poesía visual, sonora, nuevas tecnologías, revisión de las vanguardias históricas y textos experimentales.

Sesiones Gratuitas

POESÍA
Imparte Sergio Ernesto Ríos
Todos los sábados de 11:00 a 13:00 horas.
Desde la sala de FB de Grafopoetas

Previo registro en el grupo Grafopoetas (Grafografxs Revista)

PUEDES INTEGRARTE EN CUALQUIER MOMENTO



Informes:
grafografxs.uaemex.mx
grafografxs@uaemex.mx
Twitter: @grafografxsuaem
Facebook: Grafógrafxs UAEMex

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

• *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
• La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
• Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección "Reseñas" de la revista.
• Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
• *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
• La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
• Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
• Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

> **Claudia L. Gutiérrez Piña** (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de* El grafógrafo *y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

• En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 ,2018 pp.

• La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
• Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de* El grafógrafo *y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), "Tres sonetos", *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.

Universidad Autónoma del Estado de México

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

Rector
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Secretaria de Docencia
Yolanda Eugenia Ballesteros Sentíes
Doctora en Ciencias de la Educación

Secretario de Rectoría
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Doctor en Ciencias de la Educación

Secretaria de Difusión Cultural
María de las Mercedes Portilla Luja
Doctora en Humanidades

Directora General de Comunicación Universitaria
Ginarely Valencia Alcántara
Licenciada en Comunicación

Director de Publicaciones Universitarias
Jorge E. Robles Álvarez
Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 3, número 4, octubre-diciembre de 2021, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.
Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.
Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

DIRECTOR
Sergio Ernesto Ríos

EDITOR
Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO
Javier Gonzalo Paredes Mendoza

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato
Yanko González
Reynaldo Jiménez
Josely Vianna Baptista
Mónica Nepote
León Plascencia Ñol
Alberto Chimal
Cristina Rivera Garza
Ana Porrúa
Ángel Ortuño †
Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña
Maricela Guerrero
Carlos Maldonado
Efraín Velasco
Carlos Vicente Castro
Luis Eduardo García
Juana Adcock
Rodrigo Quijano
Cristian De Nápoli
César Panza
Xitlalitl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

5 El rol del idioma en el exilio: Poética de Hilde Domin
Geraldine Gutiérrez Wienken

20 Seis poemas
Hilde Domin

28 ¿La poesía es un tipo de resistores?
Marília Garcia

37 Delicias del *spam*
Cristian De Nápoli

42 Comimos galletas juntos
Hwang Byeong-seung

45 7 minutos
Cecilia Eudave

58 Paraná
Pablo Forcinito

62 El cervatillo
65 Cuestiones de familia
Daniela Albarrán

67 El Penumbra
Lolbé González Arceo

71 *His Master`s Voice*
Alberto Pimenta

73 Tres poemas
Adelaide Ivánova

77 Parosmias
Gerardo Villanueva

94 Dos poemas
Elena Bulsara

99 Zipolite
Ana Guerrero

Ilustración en portada y contraportada:
Ácoros en oscilaciones ulceradas (2018). Acrílico sobre tela, 180 x 140 cm (Jorge A. Palos).

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

copia_de_seguridad_3.1
Érica Zíngano

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general.
Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

El rol del idioma en el exilio: Poética de Hilde Domin

Geraldine Gutiérrez Wienken

No he cambiado de tierra
Porque no es posible a quien su lengua une
Hasta la muerte, al menester de poesía.
Luis Cernuda

Partiendo de la premisa de que la lengua es un aspecto fundamental y, tal vez, el más importante de todos los signos de identidad, tanto personal como colectiva, se examina el rol del idioma en la poesía de la diáspora alemana. A tal efecto es revisada la obra de la poeta judío-alemana Hilde Domin (Colonia, 1909–Heidelberg, 2006), debido al tratamiento que le confiere al idioma desde el punto de vista filológico, creativo, moral y ético.

Antes de esbozar y analizar el impacto de la experiencia del exilio y el rol de la lengua [madre] en el devenir poético de Hilde Domin, una de las voces clave de la diáspora alemana, junto a Nelly Sachs, Paul Celan y Rose Ausländer, es necesario introducir algunos datos biográficos que nos ayudarán a reconstruir y a valorar su destino como expatriada del nacionalsocialismo o, en palabras de la misma poeta, su "odisea lingüística".

El destierro de Hilde Domin comienza en 1932, en Florencia, adonde había viajado para proseguir estudios de doctorado, junto

con su pareja, Erwin Walter Palm (1910-1988), filólogo clásico, a quien había conocido durante sus estudios de economía, filosofía y derecho en la Universidad de Heidelberg. La pareja contrae nupcias cuatro años más tarde, en Roma. En 1938, a raíz de la promulgación de la ley antisemita por el régimen de Mussolini, la joven pareja se ve obligada a huir a Inglaterra vía Francia y desde ahí a Santo Domingo, República Dominicana, el único país al que podían optar por una visa. Eran una pareja ya empobrecida por los avatares del exilio.

De la mano del idioma y las humanidades y, no por último, de la poesía, esta pareja de expatriados judíos sobrevive veintidós años de exilio (catorce en Santo Domingo). Palm se destaca como investigador en el área de arqueología y arquitectura, mientras que Domin imparte clases de alemán y traduce los trabajos de investigación de su marido al italiano, al inglés o al español, es decir, según el idioma del país en el que se encontraban. En una entrevista televisiva de 1991, Domin expresa que ellos se apropiaban del idioma y la cultura de los países de acogida traduciendo la poesía de dichos países a su lengua madre: el alemán. Afirma, además, que ella había cambiado tantas veces de idiomas, de la misma forma que otras personas cambian de ropa.

La correspondencia de Domin y Palm, *Amor en el exilio* (*Liebe im Exil*, 2009), da cuenta de su estado de incertidumbre, de desamparo y de angustia debido a las noticias que llegaban desde su país en guerra. En estas cartas sobresale la lengua [madre] y las actividades en torno a ella (traducción, enseñanza, corrección de textos) como el único refugio, el único hogar en común. Este oficio de trasladar del idioma desconocido al suyo propio, es decir, de hacer familiar lo extraño a través de lo conocido, refrenda el rol filológico y ético del expatriado, como intermediario entre diversos mundos.

En sus escritos autobiográficos cuenta que su marido había comenzado a traducir a Lorca con ayuda de diccionarios, en Inglaterra, unas semanas antes de recibir la noticia de que habían conseguido una visa para Santo Domingo. A este trabajo de traducción se sumarán luego poetas de la Generación del 27, así como hispanoamericanos de la talla de César Vallejo, Gabriela Mistral y José Lezama Lima.

A su regreso del exilio Domin colabora con la revista *Caracola*, de Málaga, dando a conocer la poesía de sus compatriotas al público hispanohablante. Traduce al español poemas de Gunter Eich, Nelly Sachs, Hans-Magnum Enzensberger, Bertolt Brecht e Ingeborg Bachmann, entre otros. Asimismo, en 1955, se publica la antología *Rosa de ceniza* (*Rose aus Asche*). En esta publicación se da a conocer, por primera vez en Alemania, a poetas españoles e hispanos de 1900 a 1950. En el prólogo dedicado a su mujer, Palm acota que ambos realizaron este trabajo de traducción en un tiempo en el que el único asidero que tenían era el idioma. Veinticinco años más tarde, en el epílogo de 1981, considera su compilación como "el espejo de un paisaje idealizado, una utopía entre poemas de amor y nostalgia que tomó sus oscuros tonos del radical desencanto ocasionado por la muerte" (155). Además, explica la razón por la cual excluyó a Pablo Neruda de dicha muestra: "El tango empalagoso de su poesía amorosa y su reciente alabanza a Stalin (en 1953) le resultaba insostenible" (160).

El relativo equilibrio entre la cotidianidad, el trabajo, la vida intercultural, la polifonía, el cuidado del idioma en el exilio, sumado a la preocupación por su familia y su país natal, se rompe una noche de septiembre de 1951, cuando Domin, en un estado de completa orfandad y desesperación, recibe la noticia de la muerte de su madre en Alemania. En una carta dirigida a su hermano, no enviada, tal vez por su delicado contenido, la poeta cuenta que

esa noche quiso acabar con su vida. Esa misma noche escribe sus primeros textos. Escribir fue una alternativa contra el suicidio, confiesa en dicha carta.

La poeta del regreso

En su ensayo "Entre acróbatas y pájaros: casi una autobiografía", Hilde Domin narra su devenir poético en Santo Domingo, a raíz de la muerte de su madre:

> Yo, H. D., soy sorprendentemente joven. Vine al mundo apenas en 1951. […] Mis padres habían muerto cuando yo vine al mundo. Mi madre acababa de morir hacia pocas semanas. […] Cuando yo, Hilde Domin, abrí los ojos, llorando, en aquella casa a la orilla del mundo, donde crecen la pimienta, el azúcar y los árboles de mango, pero difícilmente la rosa y jamás los manzanos, ni el trigo, ni los abedules, yo, huérfana y desterrada, me puse de pie y entré en mi casa, la palabra. "Me preparo una habitación en el aire / entre acróbatas y pájaros". De donde nadie podrá expulsarme. Esa palabra era la lengua alemana. Por ella regresé cruzando el mar, hasta llegar aquí, donde vive la palabra (Domin, 2005: 39).

La expulsión del país natal es un accidente en la biografía de cualquier ser humano. Domin reconoce que el idioma no es lo sobreentendido, pero sí lo único propio, por eso lo específica: "la lengua alemana". En otro párrafo atestigua: "Era una moribunda, escribía contra la muerte" (20). En medio de su desesperación y orfandad, entra a la casa del lenguaje para seguir viviendo, se sirve de la palabra, del idioma que es suyo y, también, el de sus perseguidores, el de las órdenes de ejecución. El reconocimiento de esta paradoja refrenda la paradoja de su vida. Por consiguiente, la expulsión y la ruptura del hilo lingüístico natal se transforman en una paradoja que se añade, simultáneamente y para siempre, a la poética de Domin, donde la confianza y la desconfianza, la seguridad y la duda, el Sí y el No son inseparables.

En este sentido, el poema "Con equipaje ligero", de su libro *Regreso de los barcos* (*Rückkehr der Schiffe*, 1962) resulta paradigmático. La primera estrofa introduce la ambivalencia y la paradoja como señales de advertencia: "No te acostumbres. / No tienes derecho a acostumbrarte. / Una rosa es una rosa. / Pero un hogar / no es un hogar". Y en la última estrofa deja al descubierto la herida, la gran fragilidad que acompaña al expatriado: "Puedes poseer una cuchara, / una rosa, / tal vez un corazón / y una tumba / tal vez" (Domin, 2018: 51).

La poeta conoce a fondo el sufrimiento, pero también el poder destructivo de las palabras. La expulsión y el regreso han afinado su conciencia en tanto advierten que el sentimiento de confianza puede ser destruido de la noche a la mañana. En este contexto, Domin confiesa: "El regreso, no la persecución, ha sido el gran acontecimiento de mi vida. Una experiencia de extrema fragilidad" (Domin, 2005: 170).

Según el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer, un estudioso de la obra de Hilde Domin, el que la bautiza como "la Poeta del Regreso" (Gadamer, 1993: 323), el regreso debe ser considerado, en primer lugar, como una pérdida, nunca como una ganancia. El regreso implica una doble despedida, "quien regresa, luego de un largo tiempo, debe despedirse de algo que había comenzado a ser" (324). El regreso no existe puesto que todo ha cambiado, y también nosotros mismos hemos cambiado, en relación con lo que fuimos. Por consiguiente, la poesía de Domin dista de ser una representación del regreso a través de la palabra. Tampoco quiere significar, en general, que el destino alemán, el que dividió a una comunidad entera y dejó cicatrices y grietas indelebles, haya sido superado poéticamente. Mucho menos podemos calificar

estos poemas de políticos, ni siquiera ahí donde son evidentemente políticos. Tampoco si consideramos que el suave aliento de estos versos intenta animarnos a creer en el regreso. Regreso significa aquí el riesgo, la osadía, la odisea o la empresa de un expatriado, y el inventario de este destino de vida no es otra cosa que la suma de experiencias humanas, de pérdida y de despedida, de la vida en el extranjero y la distancia, de la amistad, del amor, de la soledad y así sucesivamente. Este cúmulo de experiencias humanas, afirma Gadamer, son densidades, condensaciones poéticas que hablan de todos nosotros.

> Todos tenemos que aprender qué significa regresar. Los versos de Hilde Domin nos permiten entender de una nueva forma qué es la poesía. Quien aprende a través de su poesía qué es el retorno, sabe desde ya y para siempre que la poesía es regreso: regreso al lenguaje. En ello reside la doble fuerza simbólica de su poético testimonio (324).

Hilde Domin regresa del exilio de la mano de la lengua [madre]. La poeta traslada su experiencia personal a un plano general que todos compartimos por su carácter ejemplar, porque trata de la experiencia de la palabra, del lenguaje, el signo más substancial de nuestra identidad como seres humanos pensantes y sensibles. Su poesía tiene un alcance colectivo, con sus poemas se pueden identificar todos los refugiados de la historia, pero también el hombre paria contemporáneo (Domin, 2005: 178).

A partir de estas observaciones puede afirmarse que en su poética el miedo, el nosotros y la solidez disyuntiva de la palabra van siempre de la mano indicando un estado de alerta; por ejemplo, en su poema "Tres formas de tomar notas para escribir poemas": "El miedo / el mío / el nuestro / y el Sin embargo de cada letra". De modo que por un lado, la palabra da fe de ella misma y, por el otro, alberga fragilidad, labilidad y riesgo, como si estuviera siempre cerca de un precipicio. Y, precisamente así, como un golpe de suerte vertiginoso, se origina el poema. Lo fugaz permanece, en tanto, encuentra apoyo (apoyo temporal, claro está): "Pero yazgo en plumas de pájaros en lo alto, / arrullada en el vacío. / Me da vértigo. No puedo dormir. / Mi mano / busca un soporte y encuentra / sólo una rosa como apoyo" (Domin, 2018: 24).

La experiencia del vacío y el desamparo denota desesperación *per se*. Mucho más el disponer de "sólo una rosa como apoyo", como sugiere el título de su primer libro (*Nur eine Rose als Stütze*, 1959), publicado a los cuatro años de su regreso a Europa. De ahí que no hay nada de heroico en la experiencia de "la poeta del regreso", según Gadamer, quien asocia "la rosa" de Domin con la célebre metáfora de Friedrich Hölderlin "la flor de la boca" (*die Blume des Mundes*), en su himno "La Germania" (*Germanien*). Para Hölderlin, "la flor de la boca" representa la lengua de la poesía, es decir, la lengua madre. De modo que "la rosa" de Domin puede interpretarse como el idioma alemán. Herido por las atrocidades de la guerra, el idioma alemán es redescubierto por los desterrados del nacionalsocialismo y en él se apoyan para sobrevivir a la apatridia y a la orfandad. El idioma natal les permite preservar su identidad en el exilio. En este contexto vale citar el poema "Después", de otra de las grandes voces de la diáspora alemana, Rose Ausländer, en nuestra traducción: "Después de la hora cero / se derritió / la palabra congelada / Nuestra respiración / se hizo más profunda / El viejo idioma / regresó joven / nuestro herido / curado / alemán".

Asimismo, la rosa como único apoyo es una metáfora ambigua de por sí, en tanto contiene la paradoja de la inmanente afirmación de algo delicado y acogedor, pero, al mismo tiempo, blando, flexible y engañoso. La belleza de la rosa es inseparable de las espinas del tallo y de su propia fragilidad. Alude a un contrapaisaje

que, en el caso de Hilde Domin, se traduce en el Sin embargo colectivo de los que regresan buscando apoyo en el aire, un signo que los aliente y sostenga: "Yo trazo un pequeño signo / en el aire, invisible, ahí, donde la nueva ciudad nace, / de la nada, / la dorada, / Jerusalén" (Domin, 2018: 59). No en vano la poeta convierte el epigrama de su primer libro "Sólo una rosa como apoyo" en el epitafio de su tumba y la de su marido, con una pequeña modificación de número: "Pusimos un pie en el aire y nos sostuvo".

¿Para qué la lírica hoy? Poética de Hilde Domin

El alcance de la poética de Hilde Domin se evidencia en Alemania a partir de los años sesenta, signados por la persecución política, la censura, la división y la instauración de una nueva dictadura en la República Democrática Alemana. En esta misma época, Hans-Magnus Enzensberger anuncia la "muerte de la literatura" (Kursbuch 15, 1968: 188) y Theodor Adorno escribe su *Crítica de la cultura y sociedad* (no de poesía), de la que se suele citar con frecuencia y fuera de contexto la harto conocida afirmación de que escribir un poema después de Auschwitz es un acto de barbarie. Dice Adorno:

> Cuanto más total es la sociedad, más cosificado está el espíritu y más paradójico resulta su intento de escaparse de la cosificación por sí mismo. Incluso la conciencia extrema amenaza con degenerar en verborrea. La crítica de la cultura se encuentra frente a la última grada de la dialéctica entre cultura y barbarie: escribir un poema después de Auschwitz es un acto de barbarie, y esto desgasta también el conocimiento que dice por qué hoy en día es imposible escribir poemas (*Kulturkritik und Gesellschaft I*, 1977: 30).

Es evidente que la descontextualización de la famosa cita desvía el argumento de Adorno, enmarcado en la dialéctica de cultura y barbarie. No sólo es imposible escribir poemas después de Auschwitz, sino que también esa imposibilidad desgasta "el conocimiento que dice por qué hoy en día es imposible escribir poemas". Y dicha imposibilidad concierne no sólo a la escritura de poesía sino también de filosofía, teoría o crítica cultural en general. En este sentido, no hay documento cultural que no esté afectado por la tragedia. "La escritura de poesía es un acto humano y elemental", dice Domin, en una entrevista de 1972, apoyándose en la aseveración del filósofo y sociólogo Herbert Marcuse que la considera un acto "objetivo y reaccionario" porque "sociedad sin arte, sea del tipo que sea, es barbarie" (Domin, 2005b, 147). Por consiguiente, la afirmación de Adorno debe ser interpretada como un llamado a escribir sin olvidar esa "imposible posibilidad" (Derrida, 2003: 37) de hablar sobre el acontecimiento, la barbarie.

Desde este escenario, Hilde Domin defiende y considera el poema como lugar de reflexión, discusión y reconciliación en su brillante ensayo "¿Para qué lírica hoy?" (*Wozu Lyrik heute*, 1968). Los objetos de este agudo y amplio análisis, sin precedentes en la historia de la literatura alemana contemporánea, son el poema y el lenguaje, pero también la empresa literaria en su totalidad, con todos sus representantes: escritor, lector, crítico y editor. Domin expone sus argumentos desde diversas perspectivas (social, literaria, histórica y filosófica), echa mano de su formación científica, de su actividad como enseñante de alemán y, finalmente, de su propia experiencia como lectora, traductora y poeta [desterrada], contribuyendo así al desarrollo de la historia de la investigación, de la crítica y de la reseña literaria de su país.

En este ensayo, la poeta examina el impacto que el libro ejerce sobre el lector. Considera la lectura como una actividad vital, y no un mero consumo, en tanto está emparentada con la escritura y, además, determina la vida posterior del libro de modo creativo.

De la misma forma que el autor recrea en soledad, asimismo el lector o el crítico literario. Otro aspecto clave de su ensayo es su reflexión sobre la función del poema en tiempos de automatismo y de cosificación del hombre. Considera que el poema es un "objeto de uso" (Domin, 2005: 29) que no se desgasta, sino que, al contrario, gana con el uso, así como el cuerpo del amante florece y se disfruta en la caricia. Este tono sensual y, a la vez, concreto de su lenguaje, marcó un giro renovador en la poesía alemana a partir de los sesenta, que hasta ese momento giraba en torno a la oscuridad de la "Fuga de muerte" (*Todesfuge*, 1952) de Paul Celan.

Domin resalta la cualidad ejemplar de la lírica e introduce, además, el concepto de "inespecífica exactitud" (170-179), en contraste con la específica exactitud del pensamiento científico. Inespecífica pero exacta, inútil pero irrenunciable, así es la poesía. Según Domin, el poema incita a una tregua, detiene el tiempo, y es en ese instante, que tanto el autor como el lector (su gemelo, como lo llama Virginia Woolf) cobran identidad y se establece la comunicación con el Otro. Este proceso fomenta el coraje para resistir, verbigracia, contra el control del Estado. En este contexto, Hilde Domin apuesta por la sensibilidad del ser humano, susceptible a ser invocada a través del uso responsable y consciente de la literatura y de sus participantes. El tono apelativo, apremiante y conciso de su verbo se acentúa en su obra tardía, pudiendo incluso rayar en lo agresivo. En este sentido, el poema "Te deseo", que intitula su penúltimo libro de 1970, resulta paradigmático: "Palabra libertad / deseo lijarte, / salpicarte de esquirlas / para que sea difícil llevarte a la lengua / y no seas la pelota de nadie" (Domin, 2018: 75).

La poeta se dirige al vocablo libertad, desea lijarlo, salpicarlo de vidrio para que nadie lo atropelle o juegue con él. Este poema surge en 1968, durante la Primavera de Praga. Consideremos este poema como un reto tanto poético como político, una resistencia canalizada a través de la palabra, contra su desgaste y manipulación. De ahí que la poeta recurra, más adelante, en el mismo poema, a Confucio, el sabio chino, para exigir y subrayar la exactitud del lenguaje: "A ti / y a otras palabras / deseo salpicar de esquirlas / como ordenó Confucio / el sabio chino / El cuenco cuadrado, dice él / debe tener/ esquinas / dice / o el Estado se arruina" (75-76).

Esta cualidad de exactitud es reconocida y definida por la poeta como condición *sine qua non* para la convivencia humana en todos los sentidos (también en el político, puesto que es imposible convivir sin un lenguaje fiable). En tal exigencia de exactitud lingüística reside una posibilidad de resistencia, otra posibilidad queda a cargo del Yo poético. Sin necesidad de usar ninguna terminología política, su Yo poético actúa como embajador, nos alerta y nos convoca desde su experiencia personal y la convierte en una experiencia colectiva. El poema "Los embajadores", de su libro *Aquí* (*Hier*, 1964), comienza así: "Los embajadores / vienen de muy lejos / más allá de los muros / descalzos / recorren / el largo camino / para entregar esta palabra. / Uno de ellos está delante de ti / vestido de lejanía" (69).

La consigna de lo inestable y lo frágil de toda seguridad radica en la fusión del plural de la tercera persona, transformado, ahora, en un Yo "vestido de lejanía", es decir, la condición de paria que traduce la situación básica del hombre contemporáneo. Esta posibilidad de resistencia es también el *leitmotiv* de Nelly Sachs, con quien Hilde Domin mantuvo correspondencia a partir de 1960. He aquí unos versos del poema de Sachs que dialoga con el de Domin:

> "SI VIENE UNO / de lejos con un lenguaje / que tal vez cierra / los sonidos / con el relincho de la yegua / […] y es invierno / entonces abrígalo / […] / Un extranjero tiene siempre / su país bajo el brazo / como un huérfano / para el que tal vez no busca / más que una tumba" (Sachs, 2009: 239).

De modo que la poesía de Domin es notablemente pública. Su libro *Aquí* lo certifica aún más. Aquí es un adverbio de lugar que precede también lo temporal, el aquí y ahora. En este libro leemos el aquí como fenómeno histórico y memorial; por ejemplo, en el poema "Colonia" están presentes las víctimas del pasado nazi, los muertos entre los vivos, el mismo Yo poético nada, camina y conversa con ellos de modo fluido: "La ciudad hundida / sola / para mí / sola / hundida // Nado / en las calles. / Otros caminan" (Domin, 2018: 67).

"La Poeta del Regreso" actúa como el que viene de lejos y trae un lenguaje [nuevo, renovado]. Su llamado dista de ser simplemente optimista, trata más bien de movilizar al ser humano que existe en todo hombre o lector contra el funcionamiento autómata. Domin saca la poesía a la calle, a la vida, al hecho político-social. En una entrevista de 1972, la poeta afirma: "El poema / objeto convierte al lector en sujeto, […] lo lleva, simultáneamente, a comprender sus propias experiencias desde el punto de vista personal y a considerarlas como ejemplares" (Domin, 2005, 149). Y agrega, parafraseando a Celan, que "a la escritura le crece el propósito en el camino de autor a lector".

Las observaciones anteriores demuestran que el interés de Domin por el desarrollo de una teoría lírica y el cuestionamiento de la finalidad de la literatura en la sociedad es de carácter moral y ético. Otra prueba de ello es su "Carta abierta a Nelly Sachs, sobre la cuestión del exilio (1966)", a raíz de que se le otorgara a esta el "Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán" en la Paulskirche, en Fráncfort. Ambas poetas se sentían obligadas moralmente a tomar posición activamente ante el laberinto entre verdugos y víctimas que reinaba en los años sesenta en Alemania. Sachs se sentía comprendida por Domin, decía que era la única que había captado ese aspecto en sus textos.

En esta carta pública dirigida a Nelly o "Ly", a quien considera su hermana mayor, Hilde insiste en el rol del poeta en la sociedad:

> El poeta contribuye más al "seguir viviendo", al seguir conviviendo (para nombrar esa fatal "superación" de una buena vez) que todos los políticos juntos. […] La lírica es como un gran repique de campanas para que todos oigan. Para que cada uno lo oiga, es aquello que no sirve a ningún propósito y que no está distorsionado por ningún compromiso (Domin, 2005: 156).

La poeta comparte su condición de paria no como poeta judía sino como una víctima más, desde su desarraigo, junto a todos los exiliados de la historia y del mundo contemporáneo. Ella rechaza el trato o estatus especial como judía, puesto que en esta tragedia nadie es más que otro.

> Tú le has dado voz a esos muertos. […] Y eso sólo lo puede hacer alguien que haya sido al mismo tiempo un expulsado, una víctima y un poeta alemán. Uno cuyo propio idioma es el alemán, uno que sea alemán y a la vez se cuente entre las víctimas. […] En la Paulskirche, se escuchó decir que tú eras una poeta judía. ¿Es cierto eso? ¿Eres tú, Nelly Sachs, una poeta judía? (157).

Otro que insistió en esta postura ética fue Bertolt Brecht, al que Domin se refirió en varias oportunidades. Es irrespetuoso medir la catástrofe, el torrente de los hechos negativos que ocurren en un país con la vara de las aspiraciones individuales desde el exilio o desde la condición de judío. Brecht solía decir, según Domin, en una entrevista televisiva de 1991: "Sobreviven los más fuertes y siempre me odié por eso". Domin resalta "el efecto liberador" de la poesía, en tanto transforma una idea o sentimiento en un objeto observado desde afuera, es decir, lo hace comunicable: la poesía

refrenda las posibilidades que ofrece el arte en la sociedad. Gracias a su conciencia de lenguaje, a su valoración como bien político inapreciable, la obra de Hilde Domin contribuye a reconciliar lo irreconciliable no solamente respecto al tema de la identidad de la diáspora alemana, sino desde una muy humana e inspiradora dimensión, desde su propia lengua. En sus poemas la realidad se transforma en objeto de comunicación ejemplar y es mediante la comunicación y la discusión, parafraseando a E. G. Lessing, que las cosas del mundo se tornan humanas.

Finalmente, la obra de Hilde Domin es un paradigma de ejercicio de coraje civil, enfatiza la condición ética que la origina: toda experiencia personal, aun la más trágica, debe ser traducida por el poeta en una experiencia general, en la paradójica verdad de lo irrepetible y único, en un contrapaisaje que, sin embargo, es ejemplar y de alcance colectivo. Porque quien ofrece una parado-ja como salida sugiere que está más allá de toda ideología, en un espacio de consuelo, de autonomía, que sólo tiene lugar desde la lengua madre: la poesía.

Las traducciones del alemán son de la autora

Referencias

Adorno, Theodor (1977). *Kulturkritik und Gesellschaft. Gesammelte Schriften* (1. Aufl. Bd. 10, 1. Frankfurt am Main, Suhrkamp.

Derrida, Jacques (2003). *Eine gewisse unmögliche Möglichkeit, vom Ereignis zu sprechen*, Berlín, Merve Verlag.

Domin, Hilde (1968, 2005). *Wozu Lyrik heute Dichtung und Leser in der gesteuerten Gesellschaft*, München, R. Piper.

Domin, Hilde (1974). *Von der Natur nicht vorgesehen: Autobiographisches*, München, Piper.

Domin, Hilde (2018). *Canciones para dar aliento*, traducción Geraldine Gutiérrez Wienken, Buenos Aires, Llantén Editora.

Gadamer, Hans Georg (1993). *Gesammelte Werke. Bd. 9*, Tübingen, Mohr. pp. 323-328.

Sachs, Nelly (2009). *Viaje a la transparencia. Obra poética completa*, traducción José Luis Reina Palazón, Madrid, Editorial Trotta.

Material audiovisual:

Entrevista a Hilde Domin (revisitada 24.7.2021)
https://www.youtube.com/watch?v=J7f8oexjZbY

Geraldine Gutiérrez Wienken (Venezuela, 1966). Poeta, traductora y editora. Es magíster en Ciencias de la Literatura y Sociología y doctora en Filología Alemana por la Universidad de Heidelberg, Alemania. Es autora de numerosos ensayos académicos y catálogos de arte (en alemán). En 2007, obtuvo el IX Premio de Poesía Excmo. Ayto. Ciudad Real, España. En 2018, cursó el Taller de Escritura Creativa de la Casa de la Literatura de Darmstadt como becaria de Merck. En 2020 obtuvo becas de traducción del Goethe Institut, así como del Deutscher Übersetzerfonds. Ha publicado compilaciones y traducciones de los poetas Rainer René Müller: *El deseo / Das Verlangen* (El Taller Blanco, 2019); Hilde Domin: *Canciones para dar aliento* (Llantén Editorial, 2018), e Inge Müller: *¡Que no me asfixie de hacer tanto silencio!* (Llantén Editorial, 2021). Recientemente ha sido publicado su poemario *El silencio es una bailarina* (El Taller Blanco, 2020, Alción, 2021).

Seis poemas

Hilde Domin

Regalos del viento

El aire, un archipiélago
de islas aromáticas.
Vapores de flores de tilo
y soleados pastos,
bonitos, familiares,
les agrado y me esperan
como si me envolvieran pañuelos
de un tierno hogar,
tejidos por la madre
hace tiempo.

Estoy como en un sueño
y apenas puedo creer
los regalos del viento.
Nubes de ternura
me atrapan,
y la felicidad muerde
con su pequeño diente
mi corazón.

Sólo una rosa como apoyo

Me acomodo una habitación, en el aire
entre los acróbatas y los pájaros:
mi cama sobre el trapecio del sentimiento
como un nido en el aire
en la punta más alta de la rama.

Compro una manta de lana finísima,
de ovejas delicadamente peinadas
que caminan sobre tierra firme,
como radiantes nubes
a la luz de la Luna.

Cierro los ojos y me envuelvo
en el vellón de animales fiables.
Quiero sentir la arena bajo las pezuñitas
y oír cómo suena el cerrojo
que cierra la puerta del establo por la noche.

Pero yazgo en plumas de pájaros en lo alto,
arrullada en el vacío.
Me da vértigo. No puedo dormir.
Mi mano
busca un soporte y encuentra
sólo una rosa como apoyo.

Regreso

Mis pies se asombraron
de ver que al lado de ellos van pies
que no se asombran.

Yo, la que camina descalza
sin dejar huellas,
le miraba siempre los zapatos a las personas.

Pero los caminos celebraban
el reencuentro
con mis tímidos pies.

En la casa de mi infancia florecía
el almendro
en febrero.

Había soñado
que iba a florecer.

Colonia

La ciudad hundida
para mí
sola
hundida.

Nado
en las calles.
Otros caminan.

Las viejas casas
tienen grandes puertas nuevas
de vidrio.

Los muertos y yo
nadamos
a través de las puertas nuevas
de nuestras viejas casas.

Los embajadores

Los embajadores
vienen de muy lejos
más allá de los muros

descalzos
recorren
el largo camino

para entregar esta palabra.
Uno de ellos está delante de ti
vestido de lejanía

trae la palabra Yo
abre los brazos
dice la palabra Yo

en esta palabra separadora
vean
él ya no está

camina lejos dentro de ti.

Tres formas de tomar notas para escribir poemas

1

Un lecho seco
Una cinta blanca de guijarros
vista desde la lejanía
sobre esto deseo escribir
en letras claras
o sobre una colina de escombros
cantos rodados
deslizándose bajo mis líneas
apartándose
para que la delicada vida de mis palabras
su Sin embargo
un Sin embargo sea de cada letra

2

Pequeñas letras
exactas
para que las palabras lleguen en silencio
para que se cuelen
y uno tenga que ir allá
hacia las palabras
buscarlas en el blanco
pliego de papel
en silencio
no se nota cómo entran

a través de los poros
cómo corre el sudor hacia adentro

El miedo
el mío
el nuestro
y el Sin embargo de cada letra

3

Deseo una tira de papel
tan grande como yo
un metro sesenta
con un poema
que grite
cuando uno pase por ahí
que grite en letras negras
que exija algo imposible,
verbigracia, coraje civil,
ese valor que ningún animal tiene
de compartir el dolor,
verbigracia, solidaridad en vez de tropa,
palabras-extranjeras
hacerlas sentir en casa a través de acciones

Hombre
animal con coraje civil
hombre
animal que conoce el dolor compartido
hombre palabra extranjera-animal palabra-animal
animal
que escribe poemas
poema
que exige lo imposible
de cualquiera que pase por ahí
urgente
irrefutable
como si dijera
"Toma Coca-Cola"

Traducción de Geraldine Gutiérrez Wienken

Hilde Domin (Alemania, 1909). Es considerada una de las poetisas más significativas del último tercio del siglo XX. Al español han sido traducidas las siguientes compilaciones de su poesía: *Canciones para dar aliento* (Llantén, 2018) y *Poemas* (Amelia Romero Editora, 2002), así como de su prosa: *La gata andaluza y otros textos en prosa* (Casus Belli, 2015) y *El segundo paraíso* (Casus Belli, 2012). Entre otros reconocimientos, en 2005 se le otorgó la máxima distinción de la República Dominicana: la Orden del Mérito de Duarte, Sánchez y Mella, en reconocimiento a su labor literaria y al trabajo desarrollado en ese país.

¿La poesía es un tipo de resistores?

Marília Garcia

ayer fue el día más caluroso del año en são paulo
vinimos a vivir a são paulo en invierno
y hacía mucho frío vinimos a vivir a são paulo
en invierno y las noches eran heladas y las mañanas
iluminadas tenía que salir todos los días
de bufanda roja con un suéter de lana
y una chaqueta de piel encima
pero incluso así
el viento helado quemando el rostro
las manos heladas la oreja helada
ayer fue el día más caluroso del año
en são paulo y leo preguntó si antes del invierno
no había hecho calor ¿será que en enero
no hizo calor? preguntó
a mí aún no me había tocado calor en são paulo
pero vinimos a vivir a são paulo en invierno
y hacía mucho frío
el calor aquí es seco
parece que me voy a secar las manos la garganta
la nariz parece que todo va a secarse
tuvimos que comprar un humidificador
de aire en *amuleto* de roberto bolaño
auxilio dice que el polvo de la ciudad de
méxico debe de venir de todos los vasos
que son rotos en la ciudad de méxico
me quedé pensando de dónde vendrá
esta resequedad de são paulo aunque aquí no veo polvo
debería existir polvo aunque aquí no veo polvo
si existiera polvo podría ser de los pedazos de las
cosas rotas todos los días
en la vida de las personas
pero aquí no veo los pedazos
¿dónde están los pedazos?
sólo veo todo seco
ayer fue el día más caluroso del año en são paulo
aunque a pesar del calor
me bañé con la regadera eléctrica encendida
estaba bañándome con la regadera eléctrica encendida
cuando la resistencia de la regadera se quemó
antes de vivir en são paulo
me bañaba con boiler de gas
yo no sabía que la regadera eléctrica tenía una resistencia
cuando descubrí que el problema de la regadera
era la resistencia
me acordé de un mensaje que recibí hace dos años
de celia pedrosa
me acordé del mensaje que recibí hace dos años
de celia pedrosa y que me hacía una pregunta
sobre la poesía
"¿la poesía es una forma de resistencia?"
intenté responder la pregunta de celia pedrosa
intenté entender la pregunta de celia pedrosa
pedí ayuda a google

tomé notas
escribí
me hice otras preguntas
y no conseguí responder la pregunta
de celia pedrosa
celia pedrosa estuvo aquí en casa
en são paulo pero aún no hacía tanto calor
nosotras fuimos a comer a un restaurante sur-matogrossense
nosotras comimos una comida que era mezcla de comida
pantanera paraguaya y japonesa
nosotras hablamos sobre la resistencia
de la poesía pero nosotras no hablamos
sobre la pregunta que me hizo
celia pedrosa y que yo no pude responder
ayer al escuchar la palabra resistencia
de la regadera recordé el mensaje de celia pedrosa
¿la poesía es una forma de resistencia?
¿siempre por definición? ¿o apenas
en determinados contextos sociales políticos culturales?
hace dos años al hacerle la pregunta a google
respondió gradualmente en la función autocompletar
americanas
amor a la vida
amazon
amilo
a partir
a la búsqueda de la felicidad
la persona equivocada
el puente
la poderosa
el puente va a valer la pena
la contaminación
la poesía
la poesía de 30
la poesía romántica brasileña
la poesía prevalece
la poesía pulsa
la poesía más linda del mundo
la poesía es una pulga
la poesía épica
la poesía es
la poesía es una hormiga
la poesía es una forma de
la poesía es una forma de resistores
la poesía es una forma de resistencia
la poesía es una forma de resistencia a la asfixia del momento
la poesía es una forma de resistencia a los discursos dominantes

y yo me quedé pensando si la poesía
es una forma de resistores
entonces leo trajo una regadera nueva para cambiar
y leo cambió la regadera
y ya no hacía más tanto calor
porque llegó una tempestad a media tarde
en ese día no podíamos imaginar
que dos meses después
sería el mes más caliente de la historia de são paulo
pero allí en aquel día
cuando la regadera se quemó
ya no hacía más tanto calor
y yo descubrí que lo que calienta el agua
es la resistencia

un día henry deluy vino a brasil
y organizó una reunión con algunos poetas
brasileños henry deluy estaba preparando
un dossier de poesía brasileña para la revista
action poetique
nos sentamos en el fuerte de copacabana para conversar
acción poética
y él preguntó si había algún poeta francés contemporáneo
publicado en brasil
al escuchar la respuesta "nathalie quintane"
henry deluy respondió
mais ça c'est pas de la poésie

un día fui a mérilheu para encontrar a emmanuel hocquard
él preguntó si había algún poeta francés contemporáneo
publicado en brasil
al escuchar la respuesta "nathalie quintane"
emmanuel hocquard respondió
mais ça c'est pas de la poésie
un día conocí a una pareja de brasileños en parís
gaspar y cristina
y ellos me presentaron al poeta jean-luc pouliquen
él preguntó si había algún poeta francés contemporáneo
publicado en brasil
al escuchar la respuesta "nathalie quintane"
jean-luc pouliquen respondió
mais ça c'est pas de la poésie
ayer al quemar la regadera eléctrica
descubrí que la resistencia transforma
la energía eléctrica en energía térmica
que la resistencia ocurre cuando un conjunto de electrones
halla dificultad para desplazarse
es decir la corriente encuentra la resistencia
y al encontrar la resistencia se transforma en calor
esto es conocido como efecto joule
ayer cuando la resistencia de la regadera se quemó
me quedé preguntándome si la poesía
es una forma de resistores
el objetivo de la resistencia es generar calor
pero a veces el calor es excesivo
como en los circuitos eléctricos
necesitan ventiladores encendidos
varios ventiladores encima de la resistencia
para equilibrar el circuito
ayer cuando la resistencia de la regadera se quemó
me quedé pensando en la pregunta de celia pedrosa
en los chips en los códecs en las pruebas pruebas y más pruebas
todas las pruebas que hacemos para sobrevivir
—¿de dónde vienen ustedes?
—cuidado no se acerque el mástil de mi barco
va a caer encima del suyo
—¿de dónde vienen ustedes?
—no sé
—¿para dónde van?
—no sé
—¿quieren rescate?
—cuidado sólo me queda un mástil va a caer

yo creo que aquí en são paulo
las personas acostumbran atravesar la calle por el paso peatonal
yo creo que aquí en são paulo

las personas no tienen la manía
de atravesar la calle entre los carros
es lo que he estado pensando aquí en são paulo
por ejemplo
estoy yendo a hablar al centro universitario maría antonia
y atravieso la calle fuera del paso peatonal
estoy yendo a hablar al centro universitario maría antonia
y decido tomar el metro hacia vila buarque
¿cuántos pasos en la calle que atravieso?
¿cuántas calles en el trayecto?
¿cuántas cosas en el tiempo acumuladas?
me quedo pensando en el camino que haré
tomar el metro en la estación ana rosa
línea azul dirección tucuruvi
bajar en la sé transbordar a la línea roja
dirección palmeiras barra funda
bajar en la república
después tomar hacia avenida ipiranga
entrar en consolación y listo
llego a la calle maría antonia en media hora
entonces salgo de casa para tomar el metro
voy caminando durante diez minutos
está caliente pero sin sol
y está seco muy seco
voy caminando hasta la estación ana rosa
y siento que hay polvo en el aire
una nube de polvo en medio de la resequedad
¿será el polvo de las cosas rotas
todos los días en la vida de las personas?
me voy preguntando de dónde viene ese polvo
mientras camino hasta el metro

pienso que tenía ganas de terminar un libro con la palabra *sí*
como hizo gertrude stein quiero decir eso
en el centro maría antonia que lo bueno realmente
sería un libro que terminara con la palabra
sí
¿cuántos pasos por el camino?
cuando ya estoy muy cerca de la entrada del metro
atravieso la calle en consejero rodrigo alves
atravieso fuera del paso peatonal
y miro y no viene carro
los carros están parados en el semáforo
atravieso justo a la altura del supermercado pan de azúcar
atravieso la calle corriendo pues estoy fuera del
paso peatonal y cuando ya estoy llegando al último carril
sale un carro del estacionamiento del supermercado
la conductora mira en la dirección contraria al sentido de la calle
para ver si no viene carro
para ver si ella puede entrar al último carril
los carros están parados en el semáforo
y ella cree que puede entrar
como ella mira hacia atrás
no ve que estoy entrando con toda prisa
justo al frente de su carro

estoy corriendo no tengo más
cómo parar ella tampoco
golpe vibrante en el aire cuchilla de viento en el cuello
los pedazos de vidrio de la vida de las personas
el polvo de las vidas rotas el polvo polvo electrones en los
circuitos resistores
golpe en el asfalto fuera del paso

y el sordo estruendo la última cosa que escuché
fue el grito del vendedor de palomitas
sonido onda longitudinal propagándose
sordo estruendo el polvo y la última cosa aquel grito
NO

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

Marília Garcia (Rio de Janeiro, 1979). Entre los libros que ha publicado se encuentran *Engano geográfico* (Rio de Janeiro: 7letras, 2012/Error geográfico: Barcelona: Kriller71 ediciones, 2015), *Um teste de resistores* (Rio de Janeiro: 7letras, 2014/Lisboa: Mariposa Azual, 2015), *Câmera lenta* (São Paulo, Companhia das Letras, 2017) y *Parque das ruínas* (São Paulo: Luna Parque Edições, 2018). Fue coeditora, junto con Angélica Freitas, Fabiano Calixto y Ricardo Domeneck, de la revista de poesía *Modo de Usar & Co*.

Delicias del *spam*

Cristian De Nápoli

En los libros de James Joyce se come bastante *corned beef*. Esa es, hasta donde sé, la mayor marca rioplatense en el autor del *Ulises*. Para alguien que no leyó a Sarmiento ni a Mansilla, no es poco. Lo que sí se comenta es que Joyce hojeó algún libro de Güiraldes (tenían amigos franceses en común). Y ante una versión enlatada y *for export* del campo argentino como es *Don Segundo Sombra*, debe haber preferido una versión enlatada y *for export* de los productos del campo argentino, como es el *corned beef*. Yo en su lugar elegía lo mismo. Siempre es mejor cualquier corte de vaca a que te vacunen con una oda al ganado. El plato lleno antes que la prosa bucólica. Y el *corned beef*, al final, tampoco es carne mala. Dicen que fue y sigue siendo de falda. "*Wartime delicacy*", lo llamó Margaret Thatcher. Manjar en días de combate.

Latas de falda molida sudamericana se abrieron en toda Europa durante las jornadas y los recreos de las dos grandes guerras. En especial los irlandeses e ingleses de la época tuvieron, casi todos, algo de nuestro campo en sus barrigas. Los lotes y las latas, el faenado de cabezas y la elaboración de los envases, marcaron a fuego la historia de dos ciudades, una a cada lado del río: la uruguaya Fray Bentos y la entrerriana Pueblo Liebig, que juntas podían producir, hacia 1900, más de un millón de latitas de falda molida por mes. De un total incalculable, ¿cuántas habrá abierto

Joyce? Quién sabe ochocientas, y alguna más en Italia. ¿Y eso implicó algún interés por la cultura rioplatense? No. Joyce estaba para Shakespeare, Dante y las altas cuestiones.

Si hubiese sido un escritor "realista" dedicado a pintar su aldea, James Joyce habría hablado de nosotros, en compromiso orgánico coyuntural con la cultura que nutrió su cuerpo. Pero su prosa fue para otro lado: hacia una escritura compleja, polisémica, juguetona, jugosa —un atributo de la carne, este último, que es justo el que le falta al *corned beef*—. Quizás es por eso, porque existían buenas razones empíricas y objetivas en la vida cotidiana de un irlandés de comienzos del siglo XX para darle algún tipo de entidad a la cultura rioplatense, por lo que Joyce nos ninguneó a pleno. En este sentido el suyo es el caso opuesto, como en un quiasmo, del de otro escritor anglosajón del siglo XX que a mi gusto es superior. Y uno que se nutrió de este sur del mundo extensamente, mucho más allá de la comida, y lo hizo porque sí.

* * *

En la obra de Thomas Pynchon también campea el *corned beef*. Sobre todo en una de sus novelas, quizás la más suculenta: *El arco iris de la gravedad*. Pero hete aquí la diferencia cruzada, el quiasmo respecto de Joyce. Por un lado Pynchon, que es estadounidense, no se crio en lo más mínimo comiendo carne argentina enlatada; para eso tenía la versión norteamericana, el cerdo en lata, sobre el que volveré. Por otro lado, la atención que puso en el *corned beef* es una faceta menor, ínfima y anecdótica dentro de su interés por el guiso de la cultura rioplatense. El deleite que para muchos ya está en la médula de la prosa de Pynchon, de oraciones largas y repletas de 'bits' de información pero que producen extraños efectos no discursivos, sintéticos como golpes, se redobla en juegos y menciones a novelistas y poetas criollos, reales o inventados, y en citas y reescrituras de textos urbanos (porteños) o gauchescos, además de disquisiciones sobre la historia del país, el anarquismo local, las tensiones entre la pampa y la ciudad, o entre el destino sudamericano y el deseo de ser parte, distante, de Europa. El paneo literario que nos hace Pynchon por suerte no se detiene en Güiraldes. Prefirió a Borges, con homenaje incluido en al menos dos obras: *La subasta del lote 49* y la mencionada *El arco iris…* La atracción lo llevó al punto de inventar dos versos en español y atribuírselos a Borges: "El laberinto de tu Incertidumbre / me trama con la disquietante luna".

Pynchon nos dio especial cabida porque sí, sin una necesidad orgánica. No tuvo ni la obligación profesional de interesarse por nuestra cultura (nunca fue un diplomático o un gestor cultural, más bien lo contrario) ni tuvo, tampoco, un nexo vital con nuestros productos comestibles, como la carne envasada. Adelanté sobre esto último que Pynchon, en su tierra, tenía la versión estadounidense del *corned beef*, que se hace con carne de cerdo en vez de vaca. Este otro envasado salió a competir con el nuestro y lo desplazó de los mercados mundiales en los años cincuenta. Y tuvo tanto éxito que en algunos países históricamente pobres en variedad alimenticia, como Inglaterra, la carne de chancho picada invadió todos los platos. La marca más famosa que vendía estas latas se llamaba SPAM. Pronto su nombre se volvió genérico, como la cinta Scotch, y aplicable a todas las latas de chancho. Después, y por un chiste de los Monty Python, la palabra se empezó a usar para reírse de cualquier mensaje, en especial de los publicitarios, serializados e invasivos. La palabra al final, como se sabe, encontró su suelo fértil en internet.

Y puede resultar curioso, pero si uno lee sobre la historia del *spam*, descubre que en realidad es anterior al *corned beef*.

Contemporáneo del charqui, existía (con otro nombre) desde 1630. Fue por ese entonces cuando un colono inglés instalado en Massachusetts empezó a envasar carne picada de chancho. Lo hacía en pequeños barriles de madera, la carne repleta de sal, que luego exportaba a varios puntos de Norteamérica. Faltaban doscientos años para que un científico alemán (que también aparece mencionado en *El arcoíris de la gravedad*) encontrara el formato de la lata y se mudara a Entre Ríos, cuando aquel pionero anglosajón ya trataba de arreglarse con su sistema de conservación en madera. ¿Cuál es el nombre del creador del *spam*? William Pynchon, ancestro de Thomas. De modo que el más genial novelista de lengua inglesa, ese que fue capaz de escribir, en medio de una historia ambientada en Londres en plena Segunda Guerra, una frase como "el verdadero sur empieza en la Avenida Rivadavia", ahora sabemos que tiene linaje en los mataderos.

* * *

A veces hacemos cosas sin querer frente a la computadora, y nos queremos matar. Hoy Sófocles encontraría la tragedia en un *reply all* involuntario. Pero no todo es tragedia; también existe la farsa. Como la de esos mensajes descaradamente múltiples, piratas, invasivos, que alguien envía a todos sus contactos para informar que un poema suyo acaba de ser publicado en internet. Cuando esos mensajes al por mayor ofrecen productos a la venta, las empresas de correo electrónico suelen detectarlos y mandarlos (o no, según les convenga) a la casilla de los indeseados. Son el *spam* machacón, el que se autoseñala. Pero otros mensajes, aunque de momento no estén vendiendo nada, también forman parte del gran kiosco *online* y nos llegan directo a nuestra casilla principal. Son el verdadero *spam*: el indetectable de antemano. El chancho picado de lata que se coló en el plato de pasta a la boloñesa. Nadie sabe *a priori* que su contenido es genérico y promocional, y los peores, los más turritos, son los que hacen de cuenta que es personal y afectivo, y para eso agregan un saludo individual de cabecera. "Cómo andás, Cristian querido. Les escribo para contarles…".

Mensajes de artistas o escritores ansiosos por darnos una idea acerca de sus proyectos y resultados. Manjar para tiempos de guerra, el fin del mundo nos va a encontrar a cada uno con por lo menos tres eventos en plena etapa de difusión: un libro que está por salir, una presentación de ese libro que ya está pautada, una entrevista que ya se realizó en algún sitio y está por subirse *online*. El *spam* literario es la nueva prosa bucólica, la oda al ganado que decimos poseer en algún rincón: un anticipo, enlatado, que no puede más que tener efectos reductores. Pero tampoco hay que subestimarlo, porque el *spam* de escritor es tan viejo como la escritura. Tiene milenios de vida, y ya avisaba Horacio sobre los inconvenientes de apurarse a publicar. La ansiedad por mostrar, por apuntarse un lector, por ganar respaldos previos es un signo de nuestra época inscrito en todas las épocas. Y hasta los escritores que practican la reserva y se niegan a dar noticia pública de lo que están haciendo la llevan, como Thomas Pynchon, de algún modo en la sangre.

Cristian De Nápoli (Buenos Aires, 1972). Entre los libros que ha publicado se encuentran *Palitos de agua* (Eloísa Cartonera, Bs. As., 2005), *Los animales* (Bajo la luna, Bs. As., 2007), *El pueblo le canta a sus familias disfuncionales* (Añosluz, Bs. As., 2012) y *En las bateas expuestas* (Añosluz Editora, 2020). Algunos poemas suyos forman parte de la antología *53/70, poesía argentina del siglo XX* (ES, EMR y CCPE/AECID, Rosario, 2015). Es traductor del portugués y del inglés. Entre 2004 y 2011 dirigió la editorial Black & Vermelho y el festival de poesía Salida al Mar.

Comimos galletas juntos

Hwang Byeong-seung

Cuervos que se parecen a sus madres…
Coche amarillo-calabaza y galletitas dulces… arcoíris… calle nocturna…
Este es el mundo que encontré al final de la belleza y el pesar.
Éramos cinco entre todos.
Cuervos felices por haberse hecho cuervos
me hablaban de vez en cuando
pero yo no lograba oír lo que decían. Parecían decir:
¿Comemos galletas juntos?
¿Comemos galletas juntos?
Eso era lo que yo entendía y asentí con la cabeza.
Del mofle del auto salía un humo color arcoíris,
rociado como pintura.
Ninguno de nosotros miró hacia atrás
pero todos lo sabíamos, y nos hicimos más cercanos e íntimos,
como hermanas reconciliadas después de una amarga disputa,
y en nuestros corazones entró la calidez del amor.
Nos tomamos de las manos, y yo sonreí como la hermana menor del cuervo.
Los cuervos se preocupaban por mi futuro y me alentaban,
como hermanas amables y atentas… el tiempo del sueño,
las lágrimas corrían tímidamente por mis mejillas, esto es
lo que llaman el aroma del arcoíris,
esto, una historia de amor entre hermanas que viajan juntas en auto,
una calle color negro sin nada más que desear, esto es
la familia, la comida caliente, el tiempo del afecto,
y el futuro que hemos anhelado tanto.
Sentí odio y temor de abrir mis ojos.
Este es el mundo que encontramos al final de la belleza y el pesar,
mientras como galletas junto a mis cuatro hermanas,
dulces palabras que resuenan en mis oídos:
Hoy comimos galletas juntos,
Hoy comimos galletas juntos.
Autos que murmuran mientras corren,
hermanas, sentí amargura por haber nacido con ojos,
y sentí odio y temor de los hombros caídos, los brazos, el torso,
de estas dos manos y piernas que se van a podrir y descomponer.
Al final de la belleza y el pesar de comer galletas juntos,
hay otro sucio y maloliente mundo de carne, sangre, semen y excremento
que yo odio.
Mientras comíamos galletas juntos,
mascando galletas juntos,
ya no pude seguir llamando hermanas a los cuervos,
eventualmente salté fuera del coche, que corría a gran velocidad.
Sangre, sangre, sangre, me sangraba la rodilla. Aléjense,
hermanas… aquellas hermanas que realmente se alejaron, este es
el sonido del tañido de una promesa que se desprendió y se fue.
Este es el olor de una familia irrevocablemente fisurada,
una calle color sangre que no podría ser más conspicua,
esta es la guerra, la comida fría y rancia, el tiempo del odio,
el tiempo presente que tanto odiamos,
ya no sentía odio o miedo de cerrar mis ojos.
El carro donde iban los cuervos desapareció en la distancia,
se fue el arcoíris,
un mundo donde cosas como las galletas para compartir
no pueden ser encontradas.

En el tiempo en el que las hermanas desalmadas,
las galletas desmoronadas,
rodaron y cayeron del toldo color calabaza,
como el olor a sobaco de los cuervos que se pega a la punta de la nariz,
Comimos galletas juntos,
Comimos galletas juntos,
una voz que huye,
un arcoíris, una calle nocturna, un tiempo que ya nunca vendrá.

Traducción de Eduardo Padilla

Hwang Byeong-seung (Seúl, 1970). Comenzó su carrera literaria en 2003, cuando seis poemas suyos, incluyendo *mi doctor h*, ganaron el Premio para Poesía Nuevos Escritores, otorgado por la revista *Para21*. Ha publicado los libros de poesía *Sikoku el travestido* (2005) y *Estrellas sobre las pistas y los campos* (2007).

7 minutos*

Cecilia Eudave

I

Jorge descubrió, de pronto, un hueco en su cabeza donde cabía el vacío de su existencia, la opacidad de su presente. Bastó abrir la pantalla del ordenador para percatarse de ello. Sonrió. El hastío no escamoteaba ni un minuto de su tiempo recordándole la pereza que le daba su vida. Le apeteció prepararse un café, encendió un cigarro, necesitaba aplacar la terrible resaca del día anterior y dejar que las horas siguieran su curso habitual: esfumarse sin tomarlo en cuenta. El enfado no se hizo esperar cuando notó que le quedaba sólo un cigarrillo y no había café. Echó un ojo a su reloj, eran las 10:40. Demasiado temprano para un trago. Iba a prender el televisor, no lo hizo, estaba harto de las noticias amarillistas o de los últimos sucesos en torno a los agujeros esparcidos por toda la ciudad. Pensó leer un libro. No, tampoco, eso era cosa de su mujer. Después se detuvo meditativo. De un tiempo a la fecha ya no usaba el nombre de pila de su esposa para referirse a ella cuando estaba o en sus pensamientos. Ya no era Luisa, se convirtió en su esposa, mi señora, o simplemente "ella". Esa reflexión le sacó un suspiro, se recargó sobre el respaldo de su silla y volvió a mirar la pantalla del ordenador.

En verdad le gustaba la fotografía que tenía de salvapantallas. La tomó hacía varios años, antes de casarse con "Luisa" —le

* Este cuento es parte del libro *Al final del miedo* (Páginas de Espuma, 2021).

costó pensarla con nombre—, allá, en aquel viejo barrio donde por casualidad fue a hacer un trabajo para una revista de arquitectura, si mal no recordaba. El edificio no lo entusiasmó de inmediato, pero las ventanas poseían terminados *art déco* que lo hacían distinguirse del resto. Sobre cada una de ellas se había incrustado un mascarón tipo prehispánico, imitación bien lograda de los que hay en el Palacio de Bellas Artes, y las respectivas líneas que enmarcaban las ventanas le daban un aire de marco distinguido. El arquitecto —cuyo nombre no recuerda, seguro era importante— lo ideó como detalle excéntrico para los dueños de los lujosos departamentos.

Observó la foto con atención, era uno de sus mejores encargos. Sin embargo, no fue la que eligieron para acompañar el reportaje, a pesar de la insistencia de Jorge, a quien le pareció la más lograda por ese juego de luces tan natural que se filtró, bañando con un halo casi irreal la escena. El árbol gigantesco de un costado, la esquina redonda del edificio erguido con mucho garbo y los vitrales de los lados derecho e izquierdo orgullosos de sus mascarones indígenas estilizados. Era una fotografía perfecta.

—Y los idiotas de diseño se fueron por las más comerciales.

Con satisfacción, lanzó una bocanada de humo que al chocar con la pantalla la llenó de vaho. Se apresuró a limpiarla, fue cuando la notó. Al principio le pareció una mancha producto de un juego azaroso de luces involuntario; no, era diferente. Jorge se acercó para borrar ese posible dedazo. Mientras lo hacía distinguió a una persona asustada al ver el enorme ojo aproximarse a la ventana. Él sintió lo mismo y cerró, como si se protegiera de aquella visión, la computadora portátil. Se levantó de un salto de la silla y caminó un poco por la habitación. Miró la hora: 10:42. No podían ser rastros de algún sueño, se notaba bastante despierto. Sin embargo, un ligero temor le atravesó el cuerpo, lo desestabilizó.

—Cálmate, Jorge, cálmate. Tienes resaca, a lo mejor todavía estás medio borracho. Sal a caminar un poco, relájate. Come cualquier cosa. Todo esto es producto de tu imaginación, un engaño óptico.

Tendría que dejarse de hablar a sí mismo en voz alta, una manía insoportable que le exasperaba un poco. Suspiró para recuperar el control. Él es un hombre de certezas y por lo mismo no se iba a permitir un desliz con lo absurdo. No había nadie detrás de una de las ventanas de la fotografía de su salvapantallas. Lleno de determinación, abrió la portátil para comprobarlo.

Error.

Casi se desmaya si no fuera porque el latido de su corazón no le dio otra alternativa que estar de pie escuchando cómo se le aceleraba, de manera arrítmica y atroz, ensordeciéndolo e impidiendo cualquier otra reacción fuera de la rigidez. En ese estado confirmó la presencia de una figura diminuta femenina que ahora asomaba medio cuerpo por la ventana buscando algo. Se puso pálido de golpe, logró apoyarse en la mesa. Se sentó. Y entre una nebulosa visión, su oído casi ensordecido por un corazón aterrado, pudo escuchar que hablaba, eran gritos que brotaban de las bocinas de su ordenador. Las náuseas no se hicieron esperar: vomitó de lado. Ella se llevó la mano a la cara sorprendida del espectáculo. No sé cómo apreciaría esas arcadas amarillentas desde la posición en la que se encontraba, porque era una ventana situada a media altura del edificio. Quizá la perspectiva de la mujer hacia él era de abajo hacia arriba, en todo caso muy de frente si este estaba sentado; por ello, a la hora de volver el estómago debió observar una ola de bilis, una cascada maloliente y sorpresiva, lo cual la obligó a guardar silencio, a refugiarse hasta que pasara esa tormenta insólita.

Esperó a que Jorge volviera a tomar color, porque se puso transparente, las venas se le traslucieron por las mejillas blancas. Este espectáculo a la mujer le pareció fascinante y no pudo

reprimir un "¡oooh!". Seguro el ángulo desde donde miraba a Jorge llenó su campo de visión con una piel llena de venas verdes, rojas y azuladas, recordándole un paisaje galáctico. Los poros de la epidermis, los vellos, el sudor frío completaban el cuadro de un universo que se filtraba por los ojos de ella.

—¿Eres Dios?

Recuperando la compostura, Jorge pasó su mano por el rostro para asegurarse de que aún estaba vivo.

—¿Dios? —se sorprendió contestándole.

—Sí, Dios. ¿Por fin he muerto?

—¿Muerto?

Ella debió pensar que para ser una deidad estaba un poco descolocado, y repetía sus preguntas sin contestar nada reconfortante para sacarla de su asombro, porque no todos los días alguien se levanta y frente a su ventana aparece un ser inmenso con un rostro descomunal que es cielo y tierra a su alrededor. Sacando conclusiones de lo aprendido en años, resumiendo su catecismo vital, acompañado de las lecciones intravenosas de su católica familia, sin más alternativa que explicara la visión, asumió: eso debe ser Dios.

Jorge observó el reloj de la pared: 10:44. Las píldoras para el insomnio seguramente le han causado ese efecto alucinatorio, pero tiene años tomándolas.

—¿Me llevarás a algún lado?

Iba a cerrar la portátil; ella lo detuvo con voz lastimera.

—No, por favor, la oscuridad no.

Respiró profundo y decidió conversar con su locura tempranera.

—No soy Dios. Me llamo Jorge.

Ella no pareció molestarse ni mostró ningún signo de abatimiento, al contrario, se mostró aliviada.

—Bueno, san Jorge.

—No soy santo, soy Jorge a secas.

Perdiendo la paciencia, añadió:

—Como quieras, dime, ¿y ahora qué?

—¿Qué de qué?

—¿Cuál es el siguiente paso?

—¿No sé a qué te refieres?

—No eres Dios, me quedó claro, ¿un ángel? ¿No? Da igual, me tienes que llevar hacia la luz.

—¿Cuál luz?

—La eterna.

Silencio incómodo.

—A ver. No pagué un dineral en un curso de tanatología para aceptar mi muerte temprana, porque ese era mi destino, dejar esta tierra, jodida, por cierto, para ir a un nuevo plano existencial. Llámalo cielo, paraíso o como quieras. Yo elegí nombrarlo "La Luz". Ahí estaría en paz y total armonía energética. Se me aseguró que alguien me esperaría del otro lado para guiarme. Es donde entras tú. Porque no veo a nadie más a mi alrededor.

Jorge intentó recordar en medio de aquella conversación si había algún antecedente de esquizofrenia en su familia. No, padecían del colon y reumatismo, de la cabeza nada. El abuso de las drogas, tampoco, fue muy moderado en su juventud, un porrito de vez en vez, cuando la cosa era social y ya entrados en confianza. El alcohol, sí, bebe, no al grado de llegar a ver gente muerta. Suspiró. Con resignación trató de aceptar ese suceso sobrenatural —esas cosas pasan— y enfrentarlo con tranquilidad. Aunque esa aparición podría deberse a otra cosa:

—Eres un virus, de esos tan evolucionados que hasta hablan. Hace poco leí un artículo sobre el tema.

—Te aseguro que no lo soy.

Sin contener más su angustia le gritó:

—Y yo te aseguro que no soy ningún dios, en todo caso un *loser*; y permíteme decirte que en ese rubro me destaco: nada extraordinario como fotógrafo, despreciable como marido, una peste de las que le piden prestado a los amigos porque nunca trae un peso en la bolsa, un egoísta que no tiene hijos porque el mundo le parece un asco, un huevón, no me busco un trabajo decente, y mantenido porque la que lleva las riendas de la casa es mi mujer, y debí decir Luisa. Para ser honestos, ya seguro perdí la cordura, la detesto desde hace un par de años. Ya no cogemos, ni hacemos nada juntos que no sea gritarnos o quedarnos callados con ese odio que nos hemos agenciado desde quién sabe cuándo. Pero como ella no me va a dejar, quién sabe por qué, y yo no quiero ser el malo de la película; además, no tengo ni en qué caerme muerto, por eso aquí estamos jugando a la casita y al matrimonio. Como puedes percibir, soy todo menos un dios. Si no te molesta llamarme Jorge y decirme qué haces en la computadora perturbando mi modesta rutina de zángano, te puedes ir esfumado de mi vida. Y me voy a servir un vodka, o lo que encuentre, y me vale madre que sean las —miró su reloj— 10:46 de la mañana.

Se puso en pie —con cuidado de no pisar su vómito—, no sin antes observar cómo la cara de la mujer se ensombrecía. Fue en ese momento que le pareció muy bonita con esa bata de tafeta verde, se podía adivinar un lindo cuerpo, no más de treinta y cinco años, supuso. Si otras fueran las circunstancias y él no fuera Jorge, ni estuviera tan seguro de serlo, le habría invitado a salir. "¿Salir?" ¿Qué le pasa?, si es una aparición surgida de los anales de su más depravado inconsciente, porque ¿qué otra cosa podía ser?

—Soy Raquel.

—¿Y? —Volvió a sentarse.

—Quería que lo supieras.

—Bueno, yo soy Jorge. Ni santo ni Dios, ¿de acuerdo?

Intentó aproximar su enorme ojo a la pantalla lo suficiente para distinguir las facciones de Raquel. Ella se dejó observar con cierto abatimiento, resignada.

—¿Te puedo pedir un favor?

—No, porque no existes y yo no hago favores.

—Me queda menos de un minuto, segundos.

—¿Cómo lo sabes?

Perdiendo otra vez la paciencia:

—Lo sé, simplemente lo sé. A lo mejor eso es la muerte.

—¿Qué?

—Certezas.

—¿Certezas?

—Quiero que me escuches. Ahora todo me parece tan claro: cuando llega la muerte te cubre de orfandad y lo único que ves es el rostro de un extraño. Ni luz ni cielo ni paraíso, sólo un extraño con una vida insípida o inútil como la propia. No hay más, no habrá más.

A él le dolió que Raquel hablara de su realidad con un convencimiento lapidario. Si bien era cierto, no tenía derecho esa mujer aparecida de la nada a restregarle en la cara su mediocre cotidianeidad. Eso pensaba, y en cómo argumentarle su situación de parásito, cuando ella comenzó a evaporarse. Quiso introducir su mano y detener el proceso; sus dedos chocaron contra la pantalla, sólo alcanzó a retener las últimas palabras:

—No hay más, no habrá más.

Desapareció.

—Basta. Me urge un trago y me vale que sean las 10:47 de la mañana.

Abrió la primera botella que encontró, se sirvió y bebió de golpe el tequila. El alcohol lo revitalizó completamente, lo llenó de un deseo violento por descubrir si lo sucedido fue un fenómeno de su imaginación podrida. Escudriñó con sumo cuidado la

fotografía, corrió por una lupa por si Raquel se hubiera internado en la habitación. Indagó hacia dentro, la imagen le devolvía una oscuridad plana. Puso su portátil en diversas posiciones para obtener un ángulo que le permitiera ver el interior de cualquiera de las ventanas. Nada.

—Se ha marchado.

Lo pronunció en voz alta mientras se le atoró un inmundo malestar que no sabía por qué le aprisionaba el pecho.

—Ahora me voy a poner como un imbécil sentimental. ¿Qué podía hacer yo por una mujer imaginaria que me creía Dios? ¿Qué?

Se tomó otro tequila sin quitar la vista de la pantalla. Secretamente ansiaba verla de nuevo.

II

—¿Me puedes comunicar con Raquel?

—¿Con quién?

—Perdón, con Luisa.

—Te traicionó el subconsciente, ¿no?

—¿Me la vas a pasar?

La compañera de trabajo de su esposa demoró en contestar.

—Me urge hablar con ella.

—Está ocupada.

—Es importante.

Una risa insolente lo sacó de quicio.

—¿De qué te ríes? Dile, cuando se desocupe, que me llame, porque su esposo ve gente muerta y, además, lo creen un dios.

Colgó enfurecido y se sirvió otro tequila, por fin comenzaba a marearse. El ordenador seguía inmóvil en la mesa, de vez en vez entraba en reposo, algo que él corrigió de inmediato modificando ese comando para que la imagen del salvapantallas no se desvaneciera y pudiera observar si Raquel se asomaba de nuevo. Reconoció que había sido muy grosero con ella, no quiso serlo. Si tuvieran otra oportunidad para conversar se daría cuenta de que Jorge no es ni tan *loser* ni tan mal fotógrafo. No es un excelente marido, sin embargo, es una buena persona, sabe escuchar, aunque la haya mandado al carajo en medio de su angustia existencial. Él en el fondo es un buen hombre que necesita una razón para serlo.

Sonó el teléfono. Seguro era su mujer alarmada porque ve gente muerta en el salvapantallas de su portátil. Por fin contestó. El tono de Luisa no ocultaba su enojo:

—¿Me llamaste?

Al escucharla Jorge sintió un alivio extremo, estaba vivo, estaba cuerdo, la voz de su esposa le pareció reconfortante, próxima, hasta que sin permitirle decir palabra sobre la situación que lo había varado lejos, comenzó a gritonearle.

—Mudito. Claro, como ya te cacharon. ¿Quién es Raquel?

—Si me dejas explicarte.

—Para escuchar puras mentiras. —Se le quebró la voz—. Eres un cínico. Llamas a mi trabajo para restregarme a la cara, no a mí, a una compañera, que tienes una, ni cómo llamarla, que te tiene endiosado. Eres cruel, no quiero verte más. Lo tuyo y lo mío está podrido, oíste, podrido.

—Raquel. —Se golpeó la cabeza lamentando su equivocación—. No es lo que piensas.

Ella le colgó el teléfono. Jorge quedó extraviado de sí mismo. Sintió pena por Luisa, se notaba muy perturbada con el llanto atorado en la garganta. Le duró poco el agobio. La imaginó rodeada por varias de sus colegas que, en fraternidad indisoluble, la estarían consolando, hasta felicitando, por fin se dio cuenta de la nulidad de marido que la retenía. Un cansancio lo absorbió al recorrer con los ojos el minúsculo espacio que los dos habitaban, atiborrado de

cosas, pocas suyas, se encontró ajeno, fuera de lugar. Sí, la aparición de Raquel lo animó a pensar en separarse de Luisa, y a ella a aceptar, por fin, que lo suyo estaba "podrido". Le hubiera gustado que las circunstancias sucedieran de otra forma, y que Raquel no fuera una alucinación sino una persona real. ¿Y si lo era? A lo mejor vive todavía en el edificio. Existe y él cuando sacó la foto, hace varios años, guardó en lo más profundo de su memoria la imagen de Raquel. Alguna vez vio en la televisión, o leyó sobre cómo la mente guarda cosas insospechadas en cajitas neuronales donde acumulamos vagos recuerdos. Es probable que al sacar la fotografía ella se asomó por la ventana, vestida con esa bata de tafeta verde cubriendo un cuerpo maravilloso —se sintió un poco frívolo, otra vez, pensando en su aspecto físico—; hasta lo saludó amable, cordial, en cambio él habría agitado la mano sin darle importancia para concentrarse en su trabajo. Por su arrogancia se escapó el amor de su vida —o un *affaire* fabuloso—, y por la obsesión de capturar la imagen perfecta. Recuerda con exactitud cuánto tiempo el lente permaneció abierto: siete minutos, los suficientes para lograr una impresión insuperable que los idiotas de la revista de arquitectura no eligieron.

III

Tomó su saco y salió del piso llevado por una necesidad incomprensible de ir en busca de Raquel. Le pareció raro pronunciar su nombre con cierta intimidad. La sintió más próxima que a su esposa. Anhelaba comprobar que no era una alucinación, un sueño o, en el peor de los casos, un deseo no resuelto anclado en su cabeza. La necesitaba real, verdadera.

Llegó hasta el viejo barrio y se detuvo frente al edificio. Con extrañeza notó que los detalles de la fotografía tomada hacía varios años seguían inamovibles, salvo un enorme agujero rodeado por unos conos naranjas advirtiendo el peligro. Cruzó la calle ansioso y molesto por no controlar esos impulsos nacidos de quién sabe dónde. Se paró justo al lado de la puerta. Observó los números de las viviendas. ¿En cuál podría estar Raquel? Volvió a cruzar la calle, contó los ventanales e hizo distribución mental de los pisos en relación con ellas. Dedujo que Raquel vivía en el 17. Regresó frente a la puerta. Iba a timbrar. Se detuvo.

—¿Qué le voy a decir, "hola, soy Jorge, el del otro lado de la pantalla"?

Cerró los ojos y presionó el timbre. Fueron tres toques cortos, después uno muy largo. Este último llevaba toda la desesperación que él tuvo atorada por años.

Esperó.

Nadie atendió al llamado. Intentó de nuevo. No hubo respuesta. Su desesperación creció. Buscó una piedra para lanzarla contra la ventana. Levantó dos pequeñas que al lanzarlas ni siquiera tocaron el muro. Estaba a punto de retirarse cuando se abrió la puerta.

—¿A quién busca, joven?

—A Raquel.

El portero lo miró con recelo.

—¿Es usted el que ha estado timbrando con insistencia?

—Perdone, me urge verla.

—Va a estar difícil, ya no vive aquí.

Existe, vivió ahí. La cara de Jorge nunca se había llenado de tanto júbilo. El portero iba a cerrar la puerta, él la detuvo:

—¿Dónde vive ahora?

El hombre dudó en responder.

—En ningún lado. Se murió, joven. A la pobrecita la enfermedad se la acabó.

—¿Cómo que se murió?

Debió palidecer de golpe porque el portero lo sostuvo por el brazo.

—¿La conocía?

—Un poco.

Se apoyó en la pared recargando su cabeza. Tratando de calmarse, le preguntó:

—¿Murió hace mucho?

—Un mes. Muy bonita, siempre envuelta en su bata de tafeta verde.

Sonrió, por lo menos ella había sido real. No quiso preguntar ni de qué falleció, o si tenía familia, detalles ociosos. Se limitó a ofrecerle un cigarrillo al portero. Ambos lo fumaron en silencio a la manera de un duelo íntimo y secreto. Cuando terminó el suyo el hombre tiró la colilla al hoyo negro.

—Por lo menos sirven de basureros, a ver cuándo le da la gana al gobierno taparlos. Cada día salen más en la ciudad.

—Parecen no tener fondo.

—Todo lo tiene, joven, hasta uno.

Y regresó a la portería sin más preámbulos.

Jorge no quiso irse de inmediato, decidió permanecer sentado en la acera. No sabe cuánto tiempo estuvo ahí observando el interior de ese hueco enorme que se le colaba por dentro. La gente iba, venía, mientras él, absorto, ocupaba un vestigio transitorio al margen del tiempo y su causa. Por primera vez, al filo del tiempo, sin saber si estaba en el pasado o en el presente. Echó un último vistazo a la ventana de Raquel, era hora de volver a casa.

IV

Cuando llegó, Luisa estaba haciendo la maleta. Se notaba que había llorado de manera intermitente durante el día. Ni se molestó en mirarlo. Parecía que entraba un fantasma. Jorge fue directo a su ordenador. Lo encendió. Su esposa balbuceaba reproches entre dientes. Ya frente a la pantalla no pudo evitar sentir una tristeza enorme. El hueco oscuro de la ventana de Raquel lo perturbó aún más. La sensación de imaginarla en medio de ese vacío inconmensurable del que había tomado conciencia lo desvaneció, lo volvió transparente. Recordó las palabras de Raquel: que no debió morir sola, ni estar sola. Se ennegreció la pantalla de golpe y vio reflejado en ese espejo negro su verdadero rostro.

Ahora todo le resultó tan claro:

—Luisa.

La llamó con tristeza. Ella salió de la habitación:

—¿Qué quieres?

—Quédate.

—¿Para qué?

—Para no estar solos. Para que cuando llegue la muerte no veamos el rostro de un extraño. Un extraño con una vida insípida o inútil como la nuestra. Porque no hay más, porque no habrá nada más.

Cecilia Eudave (México). Narradora y ensayista. Es doctora en Lenguas Romances por la Universidad Paul Valery III, Montpellier, Francia, e investigadora en el Departamento de Letras de la Universidad de Guadalajara. Ha publicado varios libros de ensayos, como *Sobre lo fantástico mexicano* (2009) y *Diferencias, alteridades e identidad (narrativa mexicana de la primera mitad del siglo XX)* (2015). Entre su obra creativa se encuentra *Bestiaria vida* (2008 y 2018), novela con la cual ganó el premio Juan García Ponce; *Aislados* (2015), y *Al final del miedo* (2021). Ha sido traducida a varios idiomas y ha participado en antologías y revistas tanto en México como en el extranjero. En 2016 se le otorgó la Cátedra América Latina en Toulouse, Francia.

Paraná

Pablo Forcinito

Entre 2013 y 2015 escribí las tres novelas breves que integran la *Trilogía de Paraná*. La primera se titula *En tu mundo raro y por ti aprendí* (Metalúcida, 2014), la segunda *Paraná* (Metalúcida, 2015) y la tercera *La orilla de los encantados* (Metalúcida, 2016). Las novelas se editaron en tres libros distintos, y en 2019 se reeditaron juntas en un solo volumen, también por editorial Metalúcida y bajo el definitivo título *Trilogía de Paraná*.

Años atrás, antes de comenzar con la primera novela de la *Trilogía*, me dediqué a escribir cuentos de terror ambientados en suburbios ficticios y marginales, y que dependían de algún acontecimiento sobrenatural para que sus tramas funcionasen. Cuando terminé ese libro (que permanece inédito), tuve ganas de contar una novela policial que se desarrollara en esos mismos suburbios, pero que no necesitase de aquellos eventos sobrenaturales. Ahí fue cuando me surgió la idea de trabajar con un asesino en serie, que de inmediato llamé Paraná. El nombre ya me venía dando vueltas en la cabeza desde hacía rato, y surgió a partir de Mississippi, que es el apodo de un cuchillero que James Caan interpreta en el wéstern *El Dorado* (Howard Hawks, 1966). Como el Mississippi en Estados Unidos, el Paraná también es un río central en la obra de poetas y narradores argentinos. Puedo citar a Juan L. Ortiz, Juan José Saer o al uruguayo Horacio Quiroga.

Que el protagonista de *En tu mundo raro…* se llamase Paraná me motivó a escribir una segunda parte, *Paraná*, que ya no sucedería en el suburbio sino en tres de las provincias litoraleñas que atraviesan el río (Entre Ríos, Chaco, Corrientes). Como ya dije, la *Trilogía* se cierra con *La orilla de los encantados*, y todavía me sorprende cómo Mississippi, aquel personaje interpretado por James Caan en 1966, terminaría siendo decisivo para el desarrollo de mis tres novelas protagonizadas por Paraná. Paso a compartirles la segunda parte de la *Trilogía*, que así comienza:

* * *

—Me vas a esperar acá sentado, Quiquito —le dijo Papá, ofreciéndole de asiento la tapa baja del inodoro.

Quiquito. A veces, Nero, por lo morocho, pero nada de Enrique, y ni siquiera Quique. Y faltaban muchos años para que lo llamasen Paraná. Por lo pronto, Quiquito cabía mejor en su cuerpo.

Solo en el baño, él ya esperaba sobre el inodoro, y no para hacer caca, porque no tenía ni ganas ni los pantalones bajos. Zarandeaba sus piernas, que iban y venían sin alcanzar a rozar el piso. Del otro lado de la cortina, en la bañera, se oía la ducha abierta.

Papá volvió, trayéndose en una mano a Mamá y en la otra una cuchilla. Le tironeaba la oreja bien tironeada. Desnuda, Mamá agachaba el lomo de tan dolorida, y Papá le dijo algo al oído y corrió con la punta del cuchillo la cortina plástica. Quiquito nunca la había visto a Mamá ni tan desnuda ni con tanta cara de miedo. Sosteniendo firme y alta la cuchilla, Papá la hizo cruzar hacia la bañera. El pelo se le aplastó bajo el peso del agua. A Papá solamente se le mojaba la mano, que no se desprendía de la oreja de Mami por más que ella suplicara. Enojado, Papá lo miró a Quiquito.

—Se portó muy mal tu mamita —le dijo, y Quiquito se impresionó al ver que le hablaba con los dientes apretados: un muñeco que da miedo—. Por eso con un tirón de orejas no es suficiente.

Todavía encorvada, Mamá temblaba bajo la ducha. Ayudándose con el caño del toallero, Quiquito se paró sobre la tapa del inodoro. Le pareció que Papá lo miraba y que también le decía algo. Pero Quiquito seguía en lo suyo. Papá lo señaló con la cuchilla y le ordenó, esta vez bien claro:

—Te sentás.

Quiquito obedeció.

Papá le retorcía la oreja a Mamá. La retaba, siempre en voz baja, los dientes apretados. Mamá se arqueaba en dirección al piso. Tosía, pedía perdón, muerta de miedo. Por ahí esperando la cuchillada. Papá le acercó el filo a la oreja. Se lo veía decidido a cortar. Mamá pedía por Dios y por la Virgen. Juntaba las manos, y el agua temblaba en gotas que caían desde sus codos. Fijos los ojos en Quiquito, Papá dijo:

—Se cagó en nosotros, Nero. No nos respetó como familia. Ahora la que no vale nada es ella.

Papá alejó la cuchilla, pero como con bronca por no animarse a mandar el corte. Mamá se le prendió del brazo con las uñas, rasguñando, y Papá le tironeó fuerte de la oreja en dirección al piso. Mamá patina dentro de la pileta, arranca en su caída la cortina plástica. Golpea de frente, primero contra la canilla, y gira y vuelve a dar de lleno con el canto de la bañera. Un estallido de sangre chorrea en los azulejos blancos.

Papá dejó caer la cuchilla. Alzó su mano derecha. Algo apretaba entre los dedos. Le echó un vistazo, quizá para terminar de reconocer de qué se trataba.

—La oreja —dijo como hablando solo y con la mirada vacía volteó hacia Quiquito—. Mirá, se la arranqué sin querer. —A Quiquito le costaba comprender que ese pellejo en carne viva fuese todavía una oreja. Acercándoselo, Papá siguió—: Hablale vos. Decile que me perdone, que no se lo hice a propósito.

Quiquito entendió que Papá no mentía. Desde chico le habían enseñado que la mentira era mala. Mamá se lo repetía siempre. Papá insistió con su pedido de perdón una, dos veces más. De golpe, alzó la mirada. Retrocedió. Un brazo atravesaba el tragaluz del baño. Sostenía una pistola. Papá dijo:

—Álvez, compadre traidor, ya ves que con esta no vas a tener más cama.

El arma detonó dentro del baño. Alargó un fogonazo que lo alcanzó a Papá por el pecho. Hasta más allá de la puerta lo arrastró.

Al volver la vista, Quiquito ya no dio con la pistola. La ducha seguía mojando. Ni Papá ni Mamá decían nada. Tampoco la casa decía. Solamente la ducha. Quiquito saltó del inodoro. Se ahogó con un hipo que le subió hasta la garganta. Los ojos le ardieron de golpe y se largó a llorar.

Pablo Forcinito (Lanús, Argentina, 1978). Ha ejercido el periodismo cultural en distintos medios gráficos y digitales; y publicó, con el sello editorial Metalúcida, las novelas *En tu mundo raro y por ti aprendí* (2014), *Paraná* (2015) y *La orilla de los encantados* (2016).

El cervatillo

Daniela Albarrán

Desde que mi padre murió, mi madre y yo empezamos a consumirnos en las tinieblas. Ella, triste y agotada, tomó por costumbre sentarse en la vieja silla de mi padre y pasarse los días dentro de su estudio. Su rostro se me antojaba algo marchito, y sus ojos, cuando le hablaba, miraban a otra parte, muy lejos de aquí.

Entró al estudio y miró los ojos de su madre; pudo ver en ellos que cuando él murió se la había llevado, pero olvidó su cuerpo. Se enteró de que los amores contrariados nunca se separan, aunque la muerte, como la humedad, se les imponga. Su mamá, que antaño se alegraba de verla, ahora permanecía sentada, respirando y, sólo a veces, hojeando los libros que él en algún momento tuvo entre sus manos.

Las cortinas de nuestra casa permanecían cerradas a causa del luto que ella nos había impuesto. No era lícito escuchar música, y nuestras antiguas visitas se cansaron de tocar la puerta. Estábamos en un encierro voluntario. Ya ni los pájaros cantaban en nuestras ventanas, y la enorme casa nos fue tragando. Los cuartos, que eran cerca de diez, se fueron cerrando y sus puertas se nos presentaban tan atrancadas que nos vimos obligadas a arrinconarnos en la planta baja.

Se sentó en el escritorio de su padre. Era muy antiguo, decorado con finas filigranas. Acercó su nariz a la vieja madera y sintió, muy dentro de su cuerpo, su olor. Su madre, ahí presente, ni siquiera la percibía. Valeria intentó hacer ruido para ver si lograba despertarla de su letargo. Fue imposible. Ella miraba tras la ventana, quién sabe qué cosa, porque el cristal estaba cubierto de unas pesadas cortinas doradas.

Recordó que su padre le enseñó a usar armas. Un día se la llevó de cacería. Valeria era muy niña, y en ese instante le dio pavor sostener el enorme rifle que él, orgulloso, le ofrecía. En ese momento lo sopesó entre sus manos. Él le había explicado cómo cargarlo y cómo jalar del gatillo. Ese día él casi la obligó a dispararle a un cervatillo.

Pero no pude hacerlo, recordó Valeria. El cervatillo era tan pequeño que no tuve el valor de asesinarlo. Observé al animalito e imaginé toda la vida que le faltaba por vivir. Era tan joven y en su rostro se dibujaba una inocencia tal que en ese momento mis piernas me flaquearon, mis brazos se cayeron y unas incipientes lágrimas comenzaron a rodar por mi rostro. No tuve el corazón de arrebatarle la vida.

Pero su padre le había enseñado algo importante: "¿Sabes por qué cazo?", le preguntó a Valeria. "Porque sólo el diablo sabe el placer que se siente cuando alguien indefenso está frente a ti y puedes quitarle la vida o, mejor aún, concederle que viva".

Valeria aprisionaba ese día en su memoria como los recuerdos que a pesar de la nostalgia se rememoran en el presente con viveza. Y justo ese día tenía que recordar lo sucedido. Su cobardía frente a la muerte o, tal vez, frente a la vida. Es un segundo en el que es posible cambiarlo todo.

Mi madre permanecía sentada en su enorme silla, mientras yo seguía sosteniendo el arma con la que no pude dispararle al

cervatillo aquella vez. Lo miré, mientras sopesaba el frío del metal entre mis manos. Pensé que tal vez, sólo tal vez, si volviera a ese día, sería valiente y jalaría el gatillo.

Valeria sopesaba entre las manos su decisión. Acaso con jalar ese gatillo sería posible por fin despegarse de esa casa maldita que le consumía los años, la vida y su alegría. Sentía la frialdad del arma. Y en su mente tenía que hacer una elección. Aquella vez, la viveza del cervatillo le impidió derramar su sangre. Aunque ella pensara que fue cobardía, fue un acto de amor a la vida.

Valeria posó su ojo sobre el mirador de su arma. Esta vez no era vida la que veía. Sostuvo el arma y detuvo el aliento. Sus manos le sudaban. Puso el dedo índice en el gatillo. Dijo, en un susurro, "mamá".

De nuevo, la delgada línea entre la vida y la muerte fue un acto de amor.

Daniela Albarrán (Toluca, 1994). Es licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM. Ha participado en diversos congresos nacionales de literatura y publicado cuentos en *Monolito*, *Grafógrafxs* y *Castálida*. Es autora de la novela *La ciudad se camina de noche* (Grafógrafxs, 2020) y del libro de poesía *La escuela* (Grafógrafxs, 2020).

Cuestiones de familia

Daniela Albarrán

Además, los lazos consanguíneos no son garantía de nada. Piensa que muchas veces son los padres, los abuelos o los tíos quienes golpean y violan a los niños. Las familias biológicas son una imposición, y ya va siendo hora de desacralizarlas. No hay ningún motivo para que nos conformemos con ellas si no funcionan.
Guadalupe Nettel

El cuento "El cervatillo" es parte de una compilación a la que titulé *Cuestiones de familia*, la cual no sé si algún día saldrá a la luz (yo espero que sí). A todos estos cuentos les guardo un especial cariño porque fueron los primeros que escribí y, sobre todo, porque todos fueron enchulados en el taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*, en el antiguo mundo, cuando aún podíamos reír juntos, abrazarnos y llorar en la sala Ignacio Manuel Altamirano de la UAEM.

Este cuento, al igual que el resto de la compilación, trata sobre cómo nos relacionamos con nuestros padres, madres, abuelxs, hijxs y de cómo esas relaciones consanguíneas, en muchas situaciones, pueden convertirse en una pesadilla.

Disclaimer: No escribí este y los otros cuentos a modo de autoficción, pues no tuve una familia disfuncional o que me tratara mal, sencillamente entiendo lo familiar como algo que no debería

existir forzosamente, pues aunque a estas alturas de la historia se hable con mayor actitud de transigencia sobre la ruptura de los lazos familiares si es que nos hacen daño, aún no es opcional pertenecer o no a una familia consanguínea.

Me gusta pensar que en un futuro los infantes tendrán la oportunidad de decidir sobre si quieren vivir con la familia que les tocó vivir o, por el contrario, romper con sus familias. Sé que es algo casi imposible, porque en México la institución más corrupta y difícil de romper es esa: la familia.

También quiero decir que en *Cuestiones de familia* escribo cuentos de terror (independientemente de que la familia sea terrorífica o no) y que estos textos fueron inspirados en una de mis aficiones: el cine de terror. Entre las cosas que más me gusta hacer cuando estoy estresada o triste es poner una buena película de miedo, de esas clásicas que tienen una casa embrujada, fantasmas y muchos ruidos que me hagan saltar del sillón, porque no hay nada más relajante que asustarse y después sentir el bajón de adrenalina en el cuerpo.

Finalmente, debo confesar que cuando escribí "El cervatillo" y el resto de los cuentos de esa serie "quería" escribir cuento, es decir, estaba aún muy casada con la forma y también sentía una urgencia implacable de contar historias. Pero con el paso de los años y con las lecturas realizadas he llegado a la conclusión de que los cuentos son mucho más que una forma, que puedo jugar con el lenguaje, que puedo (o no) contar historias, que puedo espetarle a Propp que todo lo que nos dijo es una mentira: el cuento puede ser escrito de muchas maneras, la forma es en lo último en lo que debemos preocuparnos y lo importante, más allá de las historias, es el lenguaje.

El Penumbra

Lolbé González Arceo

I

Eliminar a los vampiros satánicos de la noche es sencillo.
Lo difícil fue, con esos ojos oscuros como gafas negras,
atravesar el tiempo
contemplar la destrucción que dio paso a lo que sabemos.

Hicimos el amor debajo de la sombra de un pino
y no nos preguntamos nuestros nombres
porque ya los sabíamos desde antes y lo supimos
después.

En doscientos mil siglos algo se aprende:
el sabor de las gambas, el bacalao,
las coquinas al ajillo,
la rumba de la calle.

La luna surgió de la tierra y no al revés,
no te hagas lío
y si no te lo crees, problema tuyo.

II

De lo que yo te hablo es del clitorítico pipotero de las extraterrestres
de la sombra de los pequeños meteoritos
en lo que después supimos que se llamaba domingo
al delirio sistemático le pusimos religión
al delirio experimental le llamamos "lo científico".

Desde mi ovípara paraexistencia te digo
no te líes los cables: yo soy Adán.

Éramos dos pero mi madre tenía tres tetas
la necesaria existencia algo anhelado por inalcanzable
se sabe
un pezón en la boca y el otro en la contemplación
en el deseo jamás satisfecho.

III

Volucionamos con la *volución* de los que a cada paso llevan la
desmemoria
por eso me enredas los argumentos
por eso te ríes y me preguntas por Adán.

En doscientos mil siglos algo se aprende:
volvería a decirle sí a Eva y su manzana
coordenadas del sudor de la frente
parirás con dolor. No como mi madre.

Alienígena ancestral
mezcla de gallina y pez
concentrada en su proyecto de inoculación de la vida.
He construido una réplica
a su imagen y semejanza.
Algunas noches la desempolvo y me acuesto a su lado
para evocar su olor a sedimento galáctico.

Nota

Una vez le mostré un libro (inédito) de poemas a una amiga. Ella me dijo está bien, pero chiquito. Y era verdad. Más que poemas aquellos eran hipos. Para hacer este poema traté de escuchar a José Verdún, también conocido como *El Penumbra*. Descifrar lo que terminaría siendo el poema fue como alzar un telón por la esquina o pellizcarse el párpado y espiar mirando hacia adentro.

A veces en el proceso de la escritura hay una voz un tanto irreconocible. En algunos casos es difícil distinguir si lo que hay que hacer es aguzar el oído y tomar nota o colocarse las manos sobre las orejas (tarará-tarará) y esperar a que se calle. Se acumulan las palabras. Como decir pájaro, hierba seca, alambre oxidado clavándose sobre la piel, cosas así.

En su ensayo *Sobre el miedo*, Mary Rueffle dice: "Entre mis miedos puedo contar la profunda inquietud que rodea la posibilidad de que un día se me revele que consagré mi vida a una imbecilidad". A manera de confesión nada arriesgada puedo decir que para hacer este poema me vi en la necesidad de ignorar ese miedo que comparto con Rueffle. Me propuse escribir con la seriedad puesta en el delirio.

El Penumbra se trata de la recuperación y calculada distorsión de las afirmaciones de José Verdún, cuya entrevista puede verse en la siguiente liga: https://www.youtube.com/watch?v=O5aBsDguelw

Lolbé González Arceo (Mérida, Yucatán, 1986). Es maestra en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Yucatán y obtuvo el título de técnico en Creación Literaria por parte del Centro Estatal de Bellas Artes de Yucatán. Es docente en la licenciatura en Lengua y Literatura Modernas de la Universidad Modelo y estudia la especialidad en Psicoanálisis en el Colegio de Saberes de la Ciudad de México. Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

His Master`s Voice

Alberto Pimenta

todo ciudadano que re
clama del estado una p
restación de cuentas de lo
s actos por este pract
icados muestra de esa m
anera su falta de
confianza en el estado, m
otivo tal suficiente
para que el estado por
su parte lo haga rend
ir cuentas de tal acto

todo ciudadano que se
refiere al orden estab
lecido como si se
tratara de un orden su
bstituible muestra que
no está en él integra
do, motivo tal sufici
ente para que el estad
o proceda a su integ
ración usando los recursos
conferidos por el orden

todo ciudadano que af
irma desconocer el mo
tivo por el que fue pres
o da así a entender
que en su opinión los
ciudadanos pueden ser pr
esos sin motivo, opini
ón tal que por sí co
nstituye motivo sufici
ente para encontra
rse efectivamente preso

todo ciudadano que mue
stra miedo de los servicio
s de seguridad del est
ado revela de ese modo
su inseguridad den
tro del estado, motivo
tal suficiente para
que sea efectivament
e vigilado y controla
do por los servicios de
seguridad del estado

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

Alberto Pimenta (Porto, 1937). Es el poeta portugués vivo más importante, con una obra combativa, experimental e inclasificable. Destacan en su obra libros fundamentales como *Discurso sobre o filho-da-puta* y *Ascensão de dez gostos à boca*, libro en el que fue publicado el poema anterior.

Tres poemas

Adelaide Ivánova

la mujer casada

me siento
en círculo
conforme
al evento
trago
el vino
deposito en un
rinconcito
huesos
de aceitunas
controlo
el periodo fértil
me finjo
registrada
cartillita
de vacunación
bello
animal doméstico
celebro
banalidades

participo
de la conversación
vuelvo a la casa
de aventón
y muda
tengo en la cabeza
cositas
sexo
bikini
navajas
viajes
las aceitunas
las servilletas
los óvulos
canela almendra
osos polares.

el sobre

adoro lamer sobres
me gusta el gusto al pegamento
del sobre hay algo
de devoción en lamer
papel y este que
carga el contrato
firmado con el abogado
lleva de los hechos mi versión
lamo este sobre de pie
porque este papel lamido
es lenguaje
y revolución.

el elefante

cuando johanna murió tenía un año
y ocho meses fue encontrada en la piscina
apretaba un elefante con la mano que su madre
hasta hoy aprieta mucho aunque el alzheimer
le impida recordar por qué ella la madre
saltó a la piscina al ver a johanna
a la deriva en el vientecillo del norte de renania
flotando en la piscina que el padre de johanna
olvidó cubrir mientras jugaba
tenis con otros amigos tal vez tanto o más
ricos que ellos la madre de johanna que hoy
ya no se acuerda de muchas cosas como dije
por causa del alzheimer recordó sin embargo
guardar el elefante sólo se olvidó
de sacar el vestido mojado dicen que pasó
días así "parecía una estatua griega" dijeron
lo que nadie vio era que apretaba también el
elefantito en 1958 cuando morí 50 años
después tenía veinticinco años y seis meses y apretaba
el primer verso de un poema de sylvia plath y resistía
valientemente con los ojos cerrados mientras caía muerto
el mundo entero aunque supiese que el resto del

poema es una declaración de amor completamente idiota
como son todas las declaraciones de amor heterosexual
y como tantas cosas que plath escribió recitaba
el poema mientras me ahogaba perdóname plath perdóname
campilho el mundo es un horror el elefante es de peluche
los huesitos no son de miel
son apenas calcio
nada más.

Adelaide Ivánova (Recife, 1982). Es poeta, fotógrafa y traductora. Ha publicado los libros *Polaroides (e negativos de outras imagens)* (Edições Macondo, 2019), *13 nudes* (Edições Macondo, 2019), *O Martelo* (Douda Correria/Garupa Edições, 2016/2017) y *Autotomy* (Pingado-Prés, 2014). Ganó el Prêmio Rio de Literatura 2017.

Parosmias

Gerardo Villanueva

¿Acaso Humberto habría ido a Barcelona para seguirla?

Por ese entonces, entre los alumnos de la facultad prevalecía un notorio entusiasmo por novelas como *El Castillo de Otranto* y *El monje*. Después de semanas en que ella les habló acerca de atmósferas sobrenaturales, *raccontos* y escenas pesadillescas, entre otros elementos del género, logró evidenciarles la influencia sin precedentes que esas y otras obras ejercieron en la literatura fantástica.

Una noche de viernes celebró el fin de curso en un restaurante de la Gran Vía de les Corts, rodeada de un puñado de sus estudiantes, cuya intención era continuar conversando más allá del aula sobre narraciones con pactos demoníacos, monasterios ruinosos y mitos relativos a la contravención de las costumbres del catolicismo romano.

Julio era un mes significativo porque por aquel tiempo cumplía diez años de haberse mudado a Barcelona. A esas alturas, ya le parecía lejana la tarde en que recibió un sobre rotulado por la universidad, el cual contenía su aceptación en el máster de Literatura. Dos años después, cuando concluyó de manera sobresaliente tales estudios, obtuvo un cargo como profesora en el departamento de posgrados. Desde entonces sintió haber conseguido algo importante en su trayecto académico, gracias al sacrificio que implicó haber dejado atrás su pasado y su propio país.

La cena se extendió hasta muy entrada la noche. Al darse cuenta de lo avanzado de la hora, liquidó su parte correspondiente de la cuenta, se despidió de sus pupilos y se marchó apresurada para encontrar aún abierta una estación del metro y así conseguir colarse en un convoy que la llevara al vecindario de Sants. Como no era costumbre suya viajar tan tarde, en esta ocasión se notó sorprendida al verse dentro de un vagón que en lugar de ir repleto de trabajadores y estudiantes, tal como ocurría por las mañanas, iba semivacío, por lo que sus pasajeros eran figuras de fácil detección: una pareja besándose sin mesura, un trío de drogadictos dialogando sin claridad en sus palabras y una anciana que aparentaba dormir, pero que de vez en cuando abría los ojos para canturrear un estribillo irreconocible.

Al volver a su departamento se detuvo en el corredor de la planta baja para extraer del buzón comunitario la correspondencia acumulada. De entre un puñado de volantes con toda clase de propaganda y cupones de descuento, rescató un ejemplar de la revista mensual de la Facultad de Filología; un estado de cuenta emitido por su banco; así como un sobre negro, en cuyo centro encontró escrito a mano y con tinta blanca su nombre y domicilio. Era el tercero de la especie que recibía en un lapso de cuatro meses. Advirtió que al igual que los anteriores, este no llevaba remitente, aunque pudo deducir con facilidad que provenía de México, gracias a las estampillas conmemorativas del natalicio de Ignacio Ramírez, un intelectual, político e impulsor de la reforma liberal, quien en su tiempo fue conocido como el Nigromante. Desde que comenzó a recibir ese tipo de misivas anónimas, le causó curiosidad saber quién continuaba utilizando el servicio postal como medio de comunicación. Pronto descartó la idea de que aquel sobre hubiera sido enviado desde San Luis Potosí por su madre o por su hermana Berenice, toda vez que el contacto que sostenía con ellas era a través de videollamadas y nunca mediante correo ordinario. Trató de adivinar quién de sus antiguos compañeros de universidad se hubiera atrevido a localizarla a través de una carta, pero ninguno de ellos pasó por su mente. Hizo un ejercicio de memoria y recordó que a lo largo de su vida fue destinataria de cartas, a lo mucho en tres o cuatro ocasiones, aunque hace más de veinte años, cuando radicaba en el país de donde procedían aquellas estampillas.

Abrió la revista para cerciorarse de que en la edición de verano se hubiera incluido su reseña sobre la *Conspiración contra la especie humana*, de Thomas Ligotti, la cual, en efecto, apareció publicada en la página trece. En enero del siguiente año Mariana iniciaría su doctorado, y para entonces ya tenía claro el objeto de su investigación: un estudio crítico sobre la obra de este escritor norteamericano del género de horror; tan era así que ya había solicitado apoyo al director de la facultad, ahora convertido en su jefe, para que mediante el conducto institucional pudiera conseguir una entrevista en Michigan con el autor de *Noctuario*, sin que aún recibiera respuesta.

Como el cansancio la estaba venciendo, optó por no conjeturar sobre la procedencia de aquel nuevo sobre, así que subió las escaleras para entrar en su departamento, se puso su bata de noche y se tumbó sobre la cama con el objeto de sumergirse en un sueño que la transportara a un campo mental distinto. No fue sino hasta la mañana siguiente que después del desayuno y de un baño con el que logró desadormecerse, decidió abrir el sobre, pero en su interior (como ya lo suponía) no encontró carta ni nada que se le pareciera. El contenido era una hoja de papel negra con un párrafo escrito a mano en tinta blanca con un pasaje bíblico:

> No sea hallado en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni hechicería, o

> sea agorero, o hechicero, o encantador, o médium, o espiritista, ni quien consulte a los muertos. Porque cualquiera que hace estas cosas es abominable al Señor; y por causa de estas abominaciones el Señor tu Dios expulsará a esas naciones de delante de ti. Deuteronomio 18.

Repasó el texto sin comprender su significado, ya que no era lectora frecuente de la Biblia. Tampoco reconoció la caligrafía del autor que, tal como en los casos anteriores, era medianamente legible. Cuando hubo guardado el papel dentro del sobre, se preguntó si acaso era una broma de sus alumnos, pero pronto descartó esa posibilidad, ya que, a su juicio, ninguno de sus estudiantes se habría tomado la molestia de conseguir las estampillas procedentes de México sólo para hacerle una jugarreta. ¿Acaso se trataba de un mensaje cifrado? ¿Por qué incluir un pasaje del Libro del Deuteronomio? Con curiosidad propia de investigadora literaria, asumió que los fragmentos plasmados dentro de cada sobre recibido bien podrían tratarse de una suerte de rompecabezas textual. Imaginó una serie de posibilidades sobre la continuación de aquellos episodios iniciados hace cuatro meses, aunque sin darles demasiada importancia.

Como cada sábado, dedicó gran parte de la mañana a poner orden en su departamento, actividad que le servía como distractor del trabajo académico, aunque también como fuente de ideas, ya que mediante la limpieza de su pequeño piso ubicado en Carrer del Miracle lograba despejar su mente para que vinieran a ella todo tipo de argumentos con posibilidad de ser plasmados en sus artículos y ensayos. Mientras retiró el polvo acumulado sobre ventanas, a través de las cuales se distinguían sucursales bancarias, farmacias y uno que otro café, recordó que por aquel entonces tenía pendiente la escritura de un artículo sobre la posible influencia de Ligotti en la serie de televisión *True Detective* para publicarlo en una revista mexicana. Finalmente, todos los documentos que iba redactando serían buenos adelantos de su futura tesis doctoral.

En ciertas ocasiones sus actividades domésticas podrían tomarle una mañana completa, y esa no fue la excepción. Casi siempre empezaba por el baño, luego ventanas y el dormitorio, para terminar con la pequeña cocineta. Lavó algunos platos, limpió la estufa de dos quemadores y la vieja licuadora de su época de estudiante en México. Ella no solía acumular alimentos por temor a que por el transcurso del tiempo se echaran a perder; sin embargo, esa mañana encontró dentro de su heladera un pequeño recipiente de plástico blanco donde guardó el sobrante de una sopa de setas del día anterior. Sin pensárselo, lo puso entre sus manos para constatar su temperatura, pero para su sorpresa no estaba frío. Retiró la tapa con dificultad, y al hacerlo fue desprendiéndose un olor a podredumbre que le produjo repugnancia e instintivamente lo soltó hasta caer sobre el piso, que pronto fue invadido por una masa amorfa y pútrida. A punto del vómito, retrocedió unos pasos, aunque el hedor era tan contundente que tuvo que abrir todas las ventanas y la puerta del departamento para que entrara aire fresco. Salió al pasillo a respirar, y cuando hubo pasado la náusea, entró de nuevo a tomar un paño con el cual cubrió su nariz y boca. Aquel potaje ya no guardaba el aspecto de la sopa del día anterior; su consistencia era espesa y su coloración había cambiado hasta alcanzar una tonalidad verdinegra, tal como si de pronto hubiera sido invadida por hongos. Le pareció que esa mezcla era dueña de movimientos propios. Con mucha dificultad pudo limpiar lo derramado. Cuando terminó con tal faena se derrumbó sobre el sofá de la sala, preguntándose cómo era posible que una sopa preparada una tarde antes y guardada en la heladera se echara a perder en tan poco tiempo al punto de emitir un olor tan repugnante e

intenso. El incidente la dejó tan mareada que se dispuso a cerrar los ojos por un momento, pero al abrirlos, lo primero que apareció ante su vista fue el sobre negro que había dejado en la mesa. Lo puso de nuevo entre sus manos para volver a leer aquel texto bíblico y continuó dudando por el posible origen de su mensaje sin poder darse respuesta, hasta que se fue quedando dormida.

Sus sueños la remontaron a su vida en México. De pronto, se vio diez años atrás cuando era estudiante de Filosofía y Letras. Por su cabeza pasó el tiempo en que gastaba días y noches leyendo a los clásicos con asiduidad, y de cuando era novia de Humberto, el flacucho greñudo con camisetas de Freddy Krueger y Michael Myers al pecho, a quien, cuando consiguieron graduarse, ella tuvo que dejar a cambio de su nueva vida en Barcelona. En el sueño revivió el momento en que se despidieron. Aún recordaba los reclamos violentos de aquel muchacho, sus palabras lacerantes que en conjunto parecían una retahíla de amenazas hacia quien en ese momento ya no lo quería. En tanto que las ventanas del departamento se quedaron abiertas, el sueño fue desvaneciéndose a causa del ruido callejero que se iba colando de a poco: bocinazos de automóviles, gritos de vendedores callejeros y niños jugando en la calle. Se incorporó del sillón para tomar de nueva cuenta el sobre negro y se atrevió a suponer, por primera vez, que el posible remitente era ese novio de su pasado. Sin entusiasmo, recordó, entre otras cosas, el momento de la separación, los posteriores mensajes de texto en la pantalla de su teléfono en los que Humberto le rogaba con insistencia que no se fuera de San Luis Potosí. Ahora ella no tenía claro cómo es que pudo enamorarse de un individuo tonto y mediocre, cuyas ansias de convertirse en escritor de relatos de horror lo hacían parecer un *freak* entre el resto de sus compañeros. Desde aquel entonces, Mariana estuvo convencida de que lo único que tenían en común era un gusto desmedido por la literatura, pero nada más. También recordó la extravagante fascinación que ese exnovio sostenía por los aromas extraños. Con cierta frecuencia él le aseguró que en la historia de la literatura el olfato era un sentido menospreciado por los autores. Cada vez que tenía ocasión, Humberto acostumbraba compartirle historias escritas de su puño y letra, donde los personajes eran objetos fétidos, dueños de una originalidad inusitada, según él.

—Pobre —se dijo Mariana al recordarlo ya sin ningún tipo de cariño.

Guardó el sobre dentro de una gaveta donde solía archivar todos los documentos que no eran de su interés y se olvidó del asunto. Las semanas posteriores las pasó concentrada en sus asignaturas y redactando aquel artículo pendiente sobre Ligotti.

Una mañana de mediados de agosto, después de impartir una clase sobre los cuentos de Joseph T. Sheridan Le Fanu, Mariana se dirigió a su pequeño cubículo universitario, donde se topó con un nuevo sobre en su escritorio, sin que nadie pudiera darle explicaciones de cómo habría llegado. Luego de interrogar a cada uno de sus colegas cercanos, ninguno pareció haberlo recibido. Tampoco nadie vio entrar a quien, en su caso, lo hubiera sembrado entre un cúmulo de libros, exámenes y trabajos escolares. Ese sobre era idéntico a los que había recibido en casa: negro y con su nombre escrito con tinta blanca; sin embargo, en esta ocasión el domicilio que figuraba al centro era el de la facultad. Como era de esperarse, tampoco tenía datos del remitente. La única diferencia es que las estampillas eran catalanas, lo que le provocó una cadena de estremecimientos. Hay una línea que divide el juego con el hostigamiento, y a su juicio, quien estuviera detrás de esos envíos ya la estaba pasando. Con manos sudorosas tomó el sobre debatiéndose entre abrirlo o mejor llevarlo a la comisaría e interponer una denuncia. A últimas fechas, la universidad había implementado

severas medidas para evitar situaciones de acoso y ella no iba a permanecer indiferente. Era necesario tomar las herramientas que estuvieran a su alcance; sin embargo, dejó el sobre sin abrir.

Esa tarde comió en la cafetería de la facultad junto a Eleonora, una profesora de Literatura Clásica y una de sus amigas frecuentes. Le contó por primera vez y con lujo de detalle la forma en que recibió ese sobre y los anteriores; le aseguró que al principio creyó que era algo divertido, pero que en ese momento estaba empezando a dudar de la intención de tales documentos. Eleonora le dijo que no debía preocuparse, que eso no era indicio de que algo malo le pudiera suceder y la conminó a abrir el nuevo sobre que llevaba guardado entre páginas de un ejemplar de *Carmilla*. Ayudándose del cuchillo con el que previamente había untado mantequilla en el pan, lo abrió por el costado derecho y desdobló con cuidado la hoja de papel que sacó del interior. Tal como pudo adivinarlo, el texto no era ninguna carta, tampoco un fragmento bíblico como el que llegó a su departamento. Le dio un rápido vistazo y después se dispuso a leerlo en voz alta frente a su amiga. Decía lo siguiente:

> La fetidez volvió a despertar a Marina, el olor a carne putrefacta y vísceras la sustrajo velozmente de sus sueños. Entre conatos de arcadas se revolvió en la cama. No era la primera vez. De pronto volteó a su derecha, donde Norberto dormía profundamente, con una quietud mágica, ausente de los atroces olores. Tuvo que contener el vómito y hacer un esfuerzo por permanecer inmóvil, esperando que todo fuera producto de su agotada imaginación.

De pronto volvió a su memoria la imagen de Humberto. Al instante volvieron los recuerdos de los años de noviazgo que tuvieron en San Luis Potosí, de la idea de aquel iluso estudiante de llevar a cabo una investigación sobre malos olores y literatura de horror.

Había en este nuevo texto una serie de elementos que apuntaban a él como el único sospechoso de ser el autor. Los cambios de nombres (tan patéticamente similares) y la situación descrita eran más que evidentes. ¿Acaso era tan estúpido como para incluir nombres tan parecidos a los suyos y sugerir que esa Marina dormía al lado de un tal Norberto? Entre risas nerviosas le aseguró a Eleonora que en caso de que su sospecha fuera comprobada, le daría mucha pena que el chico siguiera siendo tan torpe como fue antes. Nunca se imaginó que volvería a tener algo que ver con ese infeliz de quien no sabía nada desde hace más de diez años. Se preguntó si era posible que se tratara de una suerte de venganza por haberlo dejado. Le resultaba increíble que el rencor hubiera hecho nido en el corazón de ese muchacho torpe y que tanto tiempo después explotara de forma tan ridícula. Al terminar de comer, Eleonora se despidió no sin antes decirle que podía contar con ella en esto, que si necesitaba algo de su parte, no dudara en llamarla.

Cuando Mariana entró a su cubículo con intención de calificar exámenes no pudo ya concentrarse. Pasaron por su cabeza ciertas interrogantes. ¿Cuándo fue exactamente la última vez que vio a Humberto? ¿Y si él estuviera al tanto de sus actividades cotidianas? ¿Cómo reaccionaría si de pronto lo encontrara deambulando por los pasillos de la universidad? ¿Cómo luciría ahora, después de tanto tiempo transcurrido? Lo imaginó como empleado de un local de venta de cómics durante las mañanas y como un psicótico perseguidor de mujeres por las noches. Fue tal su paranoia que en vez de enfocarse en su quehacer se dispuso a navegar por internet. Entró en decenas de buscadores y en algunas redes sociales con idea de encontrar información sobre Humberto Pedroza, el tipo que, a su juicio, era el principal sospechoso de provocar esa suerte de hostigamiento que estaba sufriendo mediante la emisión de

tales sobres. Su búsqueda no tuvo suerte. También investigó en la página web de la Universidad de San Luis Potosí con objeto de encontrar datos de aquel exalumno, pero no dio con nada; ningún rastro suyo. Entonces desistió de la búsqueda y fue a emprender una caminata por el campus universitario a fin de aclarar sus ideas.

En los pasillos del edificio de la facultad se topó con Iñaki, un joven y despistado profesor de latín, quien a últimas fechas había logrado convertirse en uno de sus amigos cercanos. Un poco apenada, le contó la situación por la que estaba pasando, pero él le dijo que todo eso seguramente era una mala broma o algún proyecto de escritura experimental por parte de alguien que quería interactuar con ella. Le sugirió que no se abrumara por algo tan elemental, que pronto esa historia tendría un desenlace satisfactorio. Para disuadirla de sus pensamientos paranoicos, se ofreció a acompañarla en su paseo por el campus y así pudieron conversar sobre películas que se estrenarían en los cines ese fin de semana. Iñaki era un tipo tímido que no podía esconder cierta fascinación por Mariana, quien después de esa charla se sintió más tranquila, prometiéndose que iba a continuar con sus actividades sin preocuparse por esos ridículos sobres. Las conversaciones con Iñaki eran un disfrute, a veces se prolongaban más de la cuenta y esa vez no fue la excepción, pero al ver su reloj se percató de que era momento de volver a casa. Decidió que esa tarde iba a caminar hasta su departamento con el fin de despejarse. El trayecto de la universidad a su casa podría tomarle cerca de cuarenta minutos, tiempo suficiente para pensar en temas más amables.

Apenas hubo salido de la facultad y caminado tan sólo tres cuadras, se detuvo ante un grupo de personas congregadas en torno a un camión recolector de basura que volcó. Sobre el asfalto fueron a rodar cientos de bolsas repletas de kilos de papel higiénico sucio, trozos de cartón e innumerables restos de comida. Atravesar ese sitio implicaría la respiración fétida de los desperdicios regados por todas partes, por lo que decidió dar vuelta a la cuadra para encaminarse a la calle paralela, sin importarle que de esa forma el camino a su destino se hiciera más largo aún.

Esa noche llegó a su departamento un poco más tarde que de costumbre, con idea de dejar atrás todo lo acontecido en las últimas semanas. Durante el trayecto a su edificio pensó que la mejor forma para olvidar el asunto de los sobres sería darse un baño con agua caliente, luego servirse un trago de una botella de mezcal que llevó consigo de su último viaje a México y disponerse a leer alguno de los libros que aún tenía pendientes o, en su defecto, entregarse a alguna película y permitir que el sueño la fuera venciendo poco a poco. No obstante, apenas al cruzar el umbral, sus planes se vieron truncados al percatarse de que otro sobre más había sido arrojado por debajo de la puerta. Ahí estaba, bien cerrado e inmóvil sobre el piso, esperándola como si se tratase de un barco detenido en medio de un océano de mármol. Soltó un par de carcajadas nerviosas, aunque luego le fue inevitable sentir un pánico que se apoderó de ella hasta el punto en que sus manos comenzaron a temblar involuntariamente. Lo que al inicio ella determinó como un juego divertido, ya era en definitiva una pesadilla. No supo qué pensar. ¿Y si Humberto estuviera cerca de ahí, acechándola desde hace meses? Para ese momento se había convencido de que su exnovio estaba dispuesto a provocarle cualquier daño posible.

Salió del departamento y después del edificio para constatar la presencia de alguien sospechoso en los alrededores, pero no vio más que a un vendedor de helados y a una pareja de adolescentes que paseaban tomados de la mano. Volvió a entrar al inmueble y, armándose de valor, tomó el sobre para abrirlo con violencia y ex-

traer de su interior una hoja negra, aunque esta vez escrita con tinta roja, que contenía el dibujo de un círculo cabalístico y una especie de letanía, como las que sirven para la invocación de los médiums:

> *... La, qui appauit in monte Sinai, cum glorificatione Regis Adonay, Saday, Sbaoth, Amatay, Marinata, Abin leia, qui María creavit, stagna et omnes aquas in secundo die, quasdam super coelos, et quasdam in terra. Gabrie qui est praepositus diei Lunae secundo, quod prome labores et adimpleas omnem meam patitionem, justa meum velle et votum meum, in negotio et causa mea. Amén...*

Y al reverso decía:

> Las cosas no fueron iguales para él desde el momento en que la conoció. Tampoco cuando ella decidió partir a Londres con la finalidad de iniciar sus estudios de especialización en poesía inglesa. Aquel fétido olor se introdujo en su nariz hasta provocarle la peor de las náuseas, hasta dormirla, poco a poco.
>
> Y así fue como Norberto cobró venganza ante el abandono en que lo había dejado Marina.
>
> P.D.
>
> No dejes de respirar.

Su estómago se revolvió. Anduvo en círculos por la pequeña estancia. Fue tal su ofuscación que de sus ojos brotaron algunas gotas. Tosió sin control y, cuando pudo recuperar el aire, sus gritos invadieron la estancia:

—¿Qué quieres? ¿Qué quieres de mí?

Se tiró al piso llevándose las manos a la cara y vociferó más fuerte, como si estuviera poseída, mientras sus palmas se llenaban de sus propias lágrimas ansiosas. Trató de calmarse, pero sin éxito. Con dificultad tomó el teléfono para llamar a Eleonora y notificarle lo ocurrido. Con palabras entrecortadas apenas pudo decirle que otro sobre apareció en su departamento, que esta vez tenía miedo. Estaba segura de la cercanía de su hostigador. Ella le sugirió que no abriera la puerta a extraños y que la esperara, que en menos de media hora estaría a su lado. Veinte minutos fueron los que tardó en acudir. Al llegar, la abrazó con fuerza y le preparó un té para ayudarla a tranquilizarse. Con los nervios controlados, ambas leyeron el nuevo texto. A juicio de Eleonora, nada de esto era tolerable y no iba a permitir la recepción interminable de esos ridículos sobres que ya le estaban provocando un notorio perjuicio a su amiga.

Decidieron que lo mejor era presentarse ante la autoridad para denunciar el hostigamiento y pedir custodia inmediata, pero como es natural en este tipo de casos, no obtuvieron resultados favorables. Llegaron a una comisaría cercana y relataron los hechos desde el inicio. El oficial que se encargó de tomarles su declaración leyó en repetidas ocasiones los textos que había dentro de cada uno de los sobres. Luego se los mostró a su superior, a fin de pedirle su parecer. ¿Qué se podía hacer ante un caso tan peculiar? Después de una larga discusión entre ambos elementos, les dijeron que al no contar con certeza de la identidad del remitente de los sobres, ellos no podrían proceder a nada. Así que le sugirieron a Mariana que se mantuviera alerta por si algún sospechoso merodeara por su edificio o por la universidad, y que en caso de que llegase a recibir otro sobre, no dudara en avisarles.

Salieron de ese sitio con el ánimo hecho trizas. Ahora estaban seguras de que la policía en nada les podría ayudar. Volvieron sus pasos rumbo al departamento de Mariana. Cuando avanzaron un par de cuadras tuvieron que pasar por una callejuela solitaria y con muy poca iluminación, de donde se percataron que se desprendía un olor que ya no era el de comida podrida ni de basura, sino algo mayor. Una fetidez aguda e irrespirable.

—¿Te das cuenta, Eleonora? —sentenció Mariana—. Alguien ha puesto una maldición sobre mí con estas estúpidas cartas. Primero la sopa, después la troca pestilente de basura, ¿ahora este olor repugnante? Siento que me voy a desmayar.

Su amiga le recomendó que se marcharan del sitio, que volvieran a la comisaría, pero Mariana se opuso al proponerle que recorrieran ese pequeño corredor hasta dar con el origen de esa pestilencia. Quizá ahí encontraría a Humberto para encararlo. Pensaba gritarle que la dejara en paz de una buena vez. Se había convencido de que el muy imbécil se escondía detrás de todo esto. Se tomaron de la mano y con la que les quedó libre cubrieron sus narices para evitar la aspiración de aquel hedor. Caminaron lento adentrándose en esa calle, cuyo alumbrado era menos que poco. Cuando avanzaron diez metros, algo cercano a ellas se movió súbitamente en el suelo. Mariana vio un bulto y creyó que se trataba de algún perro callejero. Eleonora extrajo su teléfono para encender la lámpara de emergencia y apuntó al sitio de donde provenía el movimiento. Lo que encontraron fue un vagabundo dormitando, cubierto de trozos de cartón y que de vez en cuando regurgitaba. Ambas dieron un grito que logró sobresaltar al indigente, quien, por el olor que desprendía de su cuerpo, daba la impresión de que no había tomado un baño en meses. Enfurruñado, les pidió que lo dejaran en paz o que le dieran una moneda. Ellas huyeron veloces de la callejuela y retomaron el rumbo. Esa noche, por precaución, durmieron en casa de Eleonora.

Luego del incidente transcurrieron semanas sin que Mariana volviera a recibir otro sobre. No obstante, su estado de salud fue deteriorándose. Ahora cualquier aroma que entraba por su nariz, por mínimo, le parecía insoportable. Con el transcurso del tiempo empezó a experimentar una serie de náuseas y jaquecas. Todas las sensaciones olfativas le eran irritantes, incluso aquellas que antes disfrutó tanto, como las de las flores o la del pan recién horneado. Cuando llegó la época de vacaciones en la universidad, optó por permanecer algún tiempo recluida en su departamento. Le hacía mucha falta el reposo, por lo que pasó mañanas y noches enteras en cama, aunque sin mucho éxito, ya que cada vez le resultaba más difícil conciliar el sueño.

Una noche de septiembre decidió prepararse una cena singular a fin de darse ánimo. Se armó una gran hamburguesa de doble carne y un helado de chocolate; incluso vació gran parte de la botella de mezcal que guardaba para ocasiones especiales. También se regaló un trozo considerable de pastel de chocolate. Todo un exceso para alguien como Mariana, cuyos hábitos alimenticios eran diferentes. Sabía que al abusar de una cena como esa iba a tener problemas para dormir; sin embargo, se fue a la cama con un libro de Stephen King entre las manos. Hizo el intento de leerlo, pero no pasó de la página cinco, ya que sin darse cuenta se quedó dormida.

Transcurrieron dos o tres horas en las que pudo conciliar el sueño sin interrupciones, cuando, de pronto, y aún dormida, comenzó a percibir inquietud en su interior. De su estómago emergieron sonidos similares a los de una digestión dificultosa. Debido al agotamiento que se había apoderado de su cuerpo no pudo descifrar si se percató de lo acontecido o si lo estaba soñando. Dio vueltas en la cama para encontrar una posición que le facilitara el descanso, aunque eso no fue suficiente. Aquellos sonidos se fueron incrementando. Entró en esa suerte de fase incómoda en la que se duerme y se piensa simultáneamente, es decir, cuando los pensamientos se convierten en sueños y estos en pesadillas y ya no se sabe si estas se piensan o se sueñan. Culpó a esa gran hamburguesa de la cena, aunque consideró que tampoco era algo

suficiente para causarle incomodidad estomacal. Lo que sentía era algo más grave que lo simplemente digestivo. Entre la inconsciencia y el delirio comenzó a percibir un olor desagradable y difícil de identificar. Tuvo un sueño fugaz en el que el sofá de su sala comenzó a incendiarse por combustión espontánea, pero eso que invadía su nariz no era olor a quemado. La emanación se fue incrementando hasta que una arcada agresiva logró despertarla. Se sentó de un golpe en la cama con la esperanza de que esa fetidez hubiera sido producto de sus sueños, pero no, esa presencia seguía a su alrededor. Y no sólo eso, sino que iba creciendo con fuerza. Era el peor olor que percibió en toda su existencia. Quiso levantarse, aunque la debilidad no la dejó moverse. En su confusión no supo distinguir si estaba mareada o inmersa en una nueva pesadilla. Fue imprescindible girarse, por si ese pútrido miasma le fuera a producir el vómito. ¿De dónde procedía la podredumbre? Quiso gritar por auxilio; sin embargo, su voz era tan endeble que no pudo ni escucharse a sí misma. Le fue difícil determinar si vomitó o soñó que vomitó, a pesar de que se produjo un fuerte ardor en su garganta, como si hubiera estado vomitando por semanas. El olor invadió todo su departamento. Dudó si su origen era externo o acaso venía de su interior. ¿Le pertenecía? ¿Aquella pestilencia vivía en sus entrañas? A ese punto, su deseo más grande fue levantarse para abrir las ventanas del departamento y respirar aire fresco, mas era tal su languidez que no supo si lo pensó o lo imaginó. Incómodos ecos aumentaron dentro de su estómago; resonancias que nunca había escuchado, que de ninguna forma podrían derivar del cuerpo de alguien. Esos sonidos se asemejaban al del motor de una máquina desaceitada. No pudo dar crédito al acontecimiento que iba gestándose en su interior.

Después asumió haber escuchado tres golpes en la puerta de su dormitorio. En su desconcierto, creyó ver en el umbral la silueta del vagabundo que encontró tiempo atrás en la callejuela con Eleonora. Hizo un esfuerzo por gritarle y ahuyentarlo, pero para entonces se dio cuenta de que estaba sudando en exceso y que una fiebre poderosa la tenía presa. Quiso tomar aire y, al intentarlo, la peste se impregnó cada vez más en ella. Estuvo a punto de rendirse. ¿Y si nada de esto le estuviera ocurriendo? ¿En qué momento despertaría de ese mal sueño? Procuró conseguir control al pensar que los sentidos suelen traicionarse cuando se duerme. Recordó haber leído en algún artículo que el olor más insoportable es el de la descomposición humana. ¿Acaso era como este que ahora envolvía su entorno? No estaba segura de si un líquido resbaló por su boca, tampoco si su estómago se vació. Para ese momento, ya sólo tenía la certeza de una cosa, es decir, de ninguna. Las últimas fueron arcadas huecas y violentas.

Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978). Es autor de los títulos de poesía *Calabozo cuatro* (Periferia de Escribidores Forasteros, 2019), *patrivium* (Mantis Editores, 2016) y *Feu G Rare* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2016), así como del libro de cuentos *Inquilinos invisibles* (Grafógrafxs, 2021).

Dos poemas

Elena Bulsara

Comiendo hamburguesas a las 2 de la mañana

Creo que si siento alguna caricia
me soltaría a llorar,
sobre todo,
una caricia sincera, en el rostro
con la palma hacia dentro como cuando tomas un regalo
y las miradas se conectan.
Lloraría, estoy segura.
Qué perra soledad,
qué perra amargura en este mundo de luces ebrigüer
en cada esquina,
en cada recóndita esquina de nuestra mente achicharrada.
Pero tengo 800 amigos en feis
Y milytantos en el insta
¿por qué estoy tan sola?
¿por qué me llora el cuerpo si tengo todo?
Llega el agua, el gas, el sol, se sacia el hambre.
Hay internet, hay escuela, hay cama
¿qué falta, puta madre, qué falta?
Ensucio la última pulcritud que me abraza con los pies grises.
Extraño el carrujo que me decía:
—*Todo va a estar bien*, *Elena*,
aquí estoy.
Yo te puedo dar un poco de esa felicidad que te falta.
Extraño,
porque no funciono bien si la realidad no se me distorsiona.
Yo el alcohol no lo soporto,
la ebriedad consume mi cordura y sólo sueño que duermo.
La taza del excusado llena de agua de guayaba
y mis arcadas rompen el silencio.
Sudo en frío y sueño que vomito.
La garganta arde,
uno siente que colapsa.
Pienso
¡qué maldito el alcohol!
Nunca más,
y a los tres días otra vez la Dos Equis
empinada sobre mis labios rotos,
tomando el Centenario que esconde mi abuelo atrás de la televisión,
comprando un Presidente y unos Winston blancos en el Oxxo.
Pero estoy bien, lo juro.
Quizá sólo debería quejarme menos.
Dice mi mamá
que debo dar soluciones no quejas,
me grita
¿pero qué solución puedo dar yo?
Si llevo ya varios años quebrada,
estancada como el plato sucio que nadie lleva al fregadero,
como el cochambre en el puesto de hamburguesas,
donde la que despacha me dice
—¿Todo bien, chula?
—Sí, seño, gracias,
todo bien.

Herencia

Tomas las llaves de la encimera
el carro
la puerta con el mosquitero
el carro color arena de tu abuela
en la puerta
es tuyo, ya es tuyo
sientes el llavero
una figura de la Magna presencia enmicada
y piensas
la muerte nos trae regalos inesperados
pero prefieres a tu abuela
en vez de su carro largo
un Altima del 2000yalgo

El asiento, cómodo
el sonido de la avenida que vibra
el retrovisor, la credencial de adulto mayor que cuelga

Y atrás
otro auto
un Versa blanco de 2000diezyalgo
Y atrás
la ausencia
ves la calcomanía de Raiders en el parabrisas del carro
y del retrovisor cuelga un Jake,
el perro de peluche que te presumía tu tío

¿Qué hubiera sucedido?
Si aquellos dueños de los autos te llevaran de copiloto por una nieve
o al Soriana
o a la fiesta nocturna a conocer a los amigos,
y ver sus autos estacionados en la calle

Luego
tu tío y tu abuela sentados frente a la mesa charlando
que le falta afinación
dice tu abuela
que le falla el freno de mano
dice tu tío

Regresas al carro color arena
un olor a aromatizante de lavanda te marea
y las lágrimas se te esconden en las mejillas
las tragas
observas:
atrás de ti
un peluche amarillo, inerte, polvoso

Debajo de ti
el asiento del piloto
acomodado para tu abuela

Nota

Comiendo hamburguesas a las dos de la mañana surgió como una respuesta a tratar de explicar esa soledad que se engendra en los puntos decadentes de nuestro espíritu, según decía mi maestra de la primaria, cuando una le entra en exceso al mundo de las sustancias nocivas para la salud, y remata al lado de un puesto de

hamburguesas al analizar la individualidad dentro de los huecos que se quedan en el cuerpo.

Herencia es un poema que intentó hablar sobre los autos. Se genera en el taller de *Grafógrafxs*, pero se escribe una noche en la que extrañé (como muchas) a los que ya se fueron y nos dejaron objetos en forma de recuerdos.

Elena Bulsara (Chihuahua, 2000). Estudiante de Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Colaboró en la gaceta de literatura *Destellos*, de la Universidad de Colima, y en el suplemento *Ágora* del *Diario de Colima*. Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

Zipolite

Ana Guerrero

La segunda vez que fui a la playa
tenía dieciocho años.
Era como un viaje de luna de miel
sin estar casada.
Compré un traje de baño
bonito, coqueto y caro,
un Catalina
de rayas negras con blanco.

La playa enorme,
casi sin gente.
La mayoría extranjeros.
Dos francesas desnudas como si nada
iban del brazo de un lugareño.
Me sonrojé,
nunca había visto cuerpos
de mujeres desnudas a plena luz del día.
"Es una playa nudista,
se llama Zipolite", dijo Luis.
Con mi traje de baño
de luna de miel.

Nos metimos al mar tibio, sabroso.
Luego, cerca de unas rocas,
nos secamos.
Me desnudé sin pena.
Con cuidado,
enjuagué mi traje Catalina
y lo puse a secar en una de las rocas.

Llegó con fuerza una ola.
Mi traje de luna de miel desapareció
y me uní a la playa nudista.

Nota

Este poema surgió de una propuesta de la escritora Cecilia Juárez, a raíz de la presentación de su libro *Acapulco (me entró al ojo una estrella de cine, mamá)* en el taller de *Grafógrafxs*. Cecilia nos invitó a escribir desde los recuerdos de algún viaje a la playa, a jugar con ellos y con las palabras para tal vez hacer castillos de arena, baños de sol o simplemente estar a la deriva. Recordé entonces cuando en 1978 fui a Zipolite.

La carretera de la ciudad de Oaxaca a Pochutla era de terracería, tardamos seis horas en llegar. Recuerdo que en el camión venían dos francesas que traían sus manos sobre sus senos, porque el camión brincaba todo el tiempo y los senos duelen con el movimiento. Me impresionó mucho ver la sierra de Juárez, bellísima; en contraste, una terrible miseria.

Llegamos a Zipolite. En ese entonces era una playa casi virgen, había unos cuantos caseríos y palapas donde ofrecían chelas, pescado frito con arroz y frijoles, un manjar frente al mar. Caminábamos en la playa y cuál sería mi sorpresa: las francesas desnudas iban del brazo de un lugareño, moreno, de piel brillante, guapísimo; no lo podía creer, estaba en una playa nudista. Desde entonces puedo mostrar mi desnudez sin vergüenza.

Ana Guerrero (Ciudad de México, 1960). Maestra en Educación por el Tecnológico de Monterrey. Textos suyos aparecen en las antologías *23 Encuentro internacional de poetas Zamora, Mich. 2019* y *Raíces literarias* (Prometeo Editores, 2020). Es integrante del taller de poesía de la revista *Grafógrafxs*.

grafógrafxs

La revista de literatura de la Universidad Autónoma del Estado de México invita a todos los estudiantes y público en general a sus talleres permanentes de literatura en los rubros de poesía y narrativa, con el objeto de formar nuevos escritores, dar herramientas de escritura y crítica, analizar y ampliar el panorama de la literatura contemporánea, técnicas narrativas, lecturas de obras paradigmáticas, poesía visual, sonora, nuevas tecnologías, revisión de las vanguardias históricas y textos experimentales.

Sesiones Gratuitas

NARRATIVA
Imparte Alonso Guzmán
Todos los sábados de 12:00 a 14:00 horas.

BÚSCANOS EN EL GRUPO DE FB TALLER DE NARRATIVA GRAFÓGRAFXS (SEGUNDA TEMPORADA)

PUEDES INTEGRARTE EN CUALQUIER MOMENTO



Informes:
grafografxs.uaemex.mx
grafografxs@uaemex.mx
Twitter: @grafografxsuaem
Facebook: Grafógrafxs UAEMex

